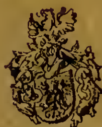
La Pena de Muerte.

LA PENA DE MUERTE

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON PEDRO DE LA CUESTA



Mariano Otero

MADRID
IMPRENTA DE AURELIO J. ALARIA
15, Estrella—Cueva, 12
1885

LA PENA DE MUERTE

LA PENA DE MUERTE

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON PEDRO DE LA CUESTA



MADRID
IMPRENTA DE AURELIO J. ALARIA
15, Estrella—Cueva, 12
1885

PERSONAS	ACTORES
D.ª INES, de 38 años.	
AURORA, su hija, de 20 id.	
PETRA, criada, de 25 id.	
D. LUIS, de 42 id.	
D. PABLO, de 27 id.	
ANDRÉS, criado, de 50 id.	

La accion pasa en Madrid.



ACTO PRIMERO

Lujoso despacho y biblioteca en la casa de D. Luis.—Mesa con papeles y libros.—Armas antiguas y modernas, colgadas convenientemente.—Puerta en el fondo y laterales.

ESCENA PRIMERA

D. Luis *y* D. Pablo *sentados á la mesa.*

Luis. Sufrir á los que nos mandan
por más tiempo, es una afrenta.

Pablo. Pues de público se cuenta
que en crisis contínuas andan.

Luis. Con aparente sosiego
tiranizan. Aquí está
el artículo que vá
á descubrirles el juego.
Que el periódico lo inserte *(Dándoselo)*
sin ninguna detención;
mañana la oposición
habrá triunfado.

Pablo. Muy fuerte
ha de ser la resistencia,
si la crisis se conjura.

LUIS. ¿Y qué importa, si hay segura
prevención de más potencia?
PABLO. El poder, en casos tales,
siempre cierra el Parlamento.
LUIS. Están para todo evento
prevenidos los leales.
En la cueva y salón bajo
que dá al jardín y cochera,
por la secreta escalera
se ocultó sin gran trabajo
el equipo. Están corrientes
las armas, dinero, todo:
después diré de qué modo
se han de lanzar los valientes.
PABLO. Los valientes son escasos,
y al llegar á los apuros,
esos planes tan seguros
sufrirán muchos fracasos.
¡Que se meta usted con pocos
en tales riesgos!
LUIS. Nos llama
el amor patrio.
PABLO. La fama
dirá después «cuatro locos!»
LUIS. ¡Pablo!
PABLO. No insisto.
LUIS. Mi empeño
es noble.
PABLO. Dará un pesar
á doña Inés.
LUIS. No hay que hablar
de mi esposa. Soy su dueño
y no vacilo en mi empresa.
Hoy se derriba el poder.
PABLO. Ante todo hemos de ver

lo que más nos interesa;
el decreto.

LUIS. Contra mí
le dirigen. ¿No es verdad?
¡Miserables! Su maldad
está clara.

PABLO. ¿Leo?

LUIS. Sí.

PABLO. «Pena de muerte al que grite (*Leyendo*)
contra el gobierno.»

LUIS. Mil bravos
gritarán. No son esclavos
del poder. Mientras se agite
la llama que arde en mi pecho
y España libre no sea,
ni desisto de mi idea
ni me arrancan mi derecho.

PABLO. «Tambien serán fusilados (*Leyendo*)
los que den mueras ó vivas,
ó proclamas subversivas
repartan á los soldados.»

LUIS. ¡Inícua ley! Con razón
trabaré combate rudo;
que no he de ser perro mudo
á la faz de la Nación.
Soy del pueblo diputado;
su defensa me confía
y he de obrar en este día
como cumple á un hombre honrado.
Veremos quién á quién vence
cuando la tormenta estalle.
En todo caso, á la calle,
que ese argumento convence.

PABLO. Hoy mismo la discusión
ha de empezar.

LUIS. Sí; lo sé.
PABLO. Allá voy. *(Levantándose)*
LUIS. Después iré
á llevar la oposición. *(Queda sentado)*

ESCENA II

Dichos y AURORA *que sale por la derecha*

AURO. *(Ap.)* ¡Pablo! *(Se retira)*
PABLO. *(Ap.)* ¡Aurora! Pues se vá
sin mirarme. ¡Siempre así!
Volveré después aquí
cuando salga su papá. *(Vase por el fondo)*

ESCENA III

LUIS *y* AURORA.—*El primero sigue sentado, escribiendo ó leyendo. La segunda, después que diga los primeros versos se sienta á otro lado y lee en un libro religioso.*

AURO. *(Ap.)* Se marchó. ¿Por qué palpita
y se turba el corazón?
¿Por qué una extraña emoción
al verle cerca me agita?
¿Será este vago anhelar
que en mi pecho he sorprendido
algún afecto dormido
que hoy empieza á despertar?
No comprendo la razón;
pero si Pablo me mira
me parece que respira

con más fuerza el corazón.

LUIS. (*Ap.*) Que al rebelde en un encierro
á solas con su conciencia
se le ponga, es conveniencia
y justicia: que á un destierro
se le lleve, está aprobado
por razón de humanidad;
pero matarle es crueldad
y hasta un bárbaro atentado.
¡Vive Dios! No ha de salir
adelante el ministerio;
el ataque ha de ser sério
y tendrá que sucumbir.
¡Oh! Bastante vida tuvo,
y si al fin hoy se derrumba...
entonces, sobre su tumba
el pueblo sube y yo subo.

AURO. (*Leyendo*) Jesús por el hombre muere
enclavado en una cruz,
y el hombre sin fé, sin luz,
vivir á sus anchas quiere.
¿Cómo, ingrato pecador,
te olvidas con tal frecuencia
de quien es tu providencia,
de quien es tu salvador?
Vuelve, vuelve á los caminos
que á la gloria eterna van,
y cumple con santo afán
los mandamientos divinos.
Deja ya de tu ambición
esos que tomas por bienes:
arriba sí que los tienes;
los de abajo no lo son.
Aunque vivas cuanto quieras,
si vives como hasta aquí,

seguramente que así
vives mal hasta que mueras.
Hay un alma que salvar,
un infierno que temer,
la gloria que merecer,
y un Dios-hombre á quien amar.
Piénsalo: tu bien procura:
mira mucho lo que intentas,
que hay que dar estrechas cuentas
y antes hay... la sepultura.
Sello de muerte se graba
sobre tí con tal poder,
que, aunque no lo quieras ver,
ya verás cómo te acaba.

LUIS. Hija mía, deja ya
esa mística lectura.

AURO. ¿Te enoja siendo tan pura
la enseñanza que nos dá?

LUIS. No vivo en tan alta esfera,
y es distinto mi deber.

AURO. ¿Y qué vas á merecer?
¡Consagrar tu vida entera
á la patria!

LUIS. En este punto
somos libres: tú, en tus ocios,
en rezar; yo, en mis negocios.
Ahora estoy en grave asunto
ocupado.

AURO. No te inquiete
mi presencia, padre mio.
De tu salud desconfio,
y tanto afan...

LUIS. Hija, vete.

(Vase Aurora por la derecha.)

ESCENA IV.

D. Luis *y* Doña Inés, *que entra por el foro.*

Luis. ¡La pena de muerte! Yo
la rechazo.—El sedicioso,
podrá ser un ambicioso;
pero infame, nunca; no.

Inés. ¡Siempre así! ¿Por qué, Luis mio,
ni un instante me dedicas?
¿Es que la pena me aplicas
de tu ausencia y tu desvío?
Tanto te ausentas de aquí,
que apenas vives en casa:
cuando vuelves, ¿qué te pasa
que nunca vuelves á mí?
De mi afan siempre olvidado
te muestras, y si te veo
no es por tu propio deseo;
es que te busco.

Luis. Engolfado
en graves meditaciones
no hay tiempo para otra cosa.

Inés. ¿Y así niegas á tu esposa
tu cariño y atenciones?
Por tu propia voluntad
de Aurora y de mí te alejas,
y á las dos, siempre nos dejas
en amarga soledad.
Nuestra vida se hace dura,
y siquiera por Aurora,
dedícanos una hora
nada más, pero segura.
¿Te callas y no me miras?

¡Qué ingrato conmigo estás!
Cada vez me inquietan más
esas glorias á que aspiras.

LUIS. Me interrumpes; déjame,
que aun me falta que escribir.

INÉS. ¿Y luego?

LUIS. Voy á salir
y quizá no tardaré.

INÉS. *(Ap.)* ¡Oh! Maldita la pasion
que le abrasa y le domina:
tal vez en ella camina
á su eterna perdicion.
Tal vez su loco deseo
de renombre y de poder
nos traiga más padecer
en los males que preveo.
Y en tanto mi pobre Aurora
sufre tambien su desvío!
¿Por qué estás hoy tan sombrío *(Acercándose)*
si sabes que me devora
el afan de no perderte?
Mis penas, aun siendo muchas,
nada son cuando me escuchas,
nada si al fin logro verte.

LUIS. Pues que me dejes prefiero
y que acabe tu pesar.

INÉS. Ese, no puede acabar
si no cambias de sendero.

LUIS. ¿Quiéres callar?

INÉS. Si me callo
queda en mi pecho anhelante
ese martirio constante
con quien á solas batallo.
¿Cómo te dejo en tu error,
en tu ciencia singular,

que no sabe sino dar
inquietudes á mi amor?

LUIS. Desmemoriada pareces:
me ofreciste ciega fé
en mis obras, y no sé
por qué olvidas lo que ofreces.
Si te casaste conmigo
en completa sumisión,
¿por qué, Inés, tu corazón
se declara mi enemigo?

INÉS. Mi amor te avisa del daño
á que por fuerza te espones
si no domas las pasiones
que en tí crecen de año en año.

LUIS. Tal como soy me aceptaste;
y vienen mal tantas quejas
cuando callo, aunque me dejas
sin tu apoyo. Te olvidaste
de tus nobles sentimientos;
de aquella pasion tan pura,
que aprobó con su ternura
mis patrióticos intentos.

INÉS. Es verdad; pero ignoraba
la extension de mi promesa.

LUIS. ¿Te vuelves atrás?

INÉS. Me pesa.

LUIS. Pues yo no te quiero esclava.
Mas como soy el señor
de mi propio parecer,
sábelo, no ha de ceder
mi voluntad á tu amor.

INÉS. El fanatismo te ciega
ó del mando la codicia.

LUIS. (*Toca un timbre.*)
No, que busco la justicia

que al pueblo infeliz se niega.
INÉS. Solo te dejo, y así
podrás pensar más en calma,
que si es para tí la palma
el martirio es para mí. (*Vase*)

ESCENA V.

D. LUIS *y* ANDRES.

LUIS. ¿El coche?
ANDR. Francisco está
enganchando.
LUIS. Bien. Espera.
Hoy te dejo en vacaciones
para que observes de cerca
lo que ocurra; y no descuides...
ANDR. Señorito, estoy alerta.
¿Voy al Congreso á buscarle?
¿A la embajada francesa?
¿A los Bufos? ¿Al de Oriente?
LUIS. No; que aquí libre te quedas
sin otra cosa que hacer...
ANDR. Sí, señor, la centinela
hácia la sala de abajo,
donde tomo el santo y seña.
LUIS. Esta noche...
ANDR. Lo comprendo;
habrá que pasarla en vela.
Está bien. (*Ap.*)—Llegó la cosa.—
Se me olvidaba. La cuenta
del pleito aquel han pedido
de casa de la condesa.
LUIS. Si vuelven, dí que mañana.

ANDR. ¿Y si avisan de la imprenta?
LUIS. Allí dejo los apuntes;
se los das.
ANDR. Y si la Petra,
doña Inés ó doña Aurora
preguntan?..
LUIS. Que almuerzo fuera
les dices. En Fornos.
ANDR. (*Ap.*) ¡Bravo!
Allí come y allí cena.
(*Vánse por el fondo.*)

ESCENA VI

PETRA *por la izquierda.*

¡Vaya que llego rendida
de verdad! En la poltrona
me arrellano por de pronto,
ya que nadie me lo estorba.
Esto de andar por la corte
corriendo las calles todas,
porque sin más á un cualquiera
perseguirme se le antoja,
y averiguar donde vivo
y preguntarme mil cosas...
Desde luego y sin más datos
bien se ve que me encocora.
¡Pues digo, si está Madrid
precioso con tales bromas,
cuando á la más avisada,
si se descuida, la emboban!
Y luégo, con tanta gente
como bulle á cualquier hora:

con los paraguas que pinchan;
con los vagos que hacen cola;
con los coches que circulan;
con los caballos que trotan
y atropellan ó embarazan,
y con el cruce de tropas,
se nos magulla hasta el *morro*
á las que vamos á compras.
¡Malditos tantos belenes,
tanta gresca y tanta *bola*
como corre!... ¡Si hasta dicen
que hoy es el trueno de Europa!

ESCENA VII

PETRA *y* ANDRÉS.

ANDR. Cualquiera que yo no fuese
te diría que eras otra,
viéndote así en la butaca,
en envidiable pachorra,
puesta de guapo y metida
como la perla en su concha.
¡Vamos, Petrilla, si estás
que pareces la señora!
PET. Lo soy en este momento.
ANDR. Ya se vé, como estás sola.
PET. ¿Y qué tenemos?
ANDR. ¡Qué tono!
PET. El que á usted nada le importa.
ANDR. Siempre conmigo tan brusca.
PET. Es que soy de Zaragoza.
ANDR. Y yo de Jerez, mi alma.
PET. Buen provecho.

ANDR. No es tu boca
de azúcar.
PET. Es... de vinagre.
ANDR. Con sal y pimienta roja.
PET. Señor Andrés, ¿no conoce
que sus gracias son mohosas?
ANDR. Para tí; que allá en mi tierra,
como son, así las toman.
PET. Pues mutis hacia otro lado,
que aquí en este ya incomoda.
ANDR. Aragonesa cerrada
y además como una roca.
PET. Para usted siempre lo he sido
y lo seré.
ANDR. Calla, boba;
que al fin y al cabo se ablandan,
como tú, las buenas mozas;
y luégo son corderillas
cuando fueron antes lobas;
con que así...
PET. Lo dicho, dicho;
que no me gustan los posmas.
ANDR. Tú te lo pierdes, salero.
PET. Yo me lo gano, don mona.
ANDR. Piénsalo, que te conviene.
PET. Pensado está y no acomoda.
Usted conmigo no empata
por lo mucho que lo estorban,
lo andaluz que lleva encima
y los años que le sobran.
ANDR. Pues aun con ellos, me atrevo
contigo más que con otra.
PET. ¡Miren el chusco? Me callo,
por no armar una camorra.
ANDR. Petrilla...

PET. Dije que nones
y atrás no me vuelvo.
ANDR. Logras
conmigo una ganga, Petra.
PET. Lo que logro es una mosca
que no quiero que me pique;
y le digo desde ahora
para siempre, que es usted
un maula que me joroba,
un haragan sempiterno,
que se tiende á la bartola
todo el dia, y que de noche
es tapadera...
ANDR. ¡Zambomba!
¿Yo tapadera de nadie!
¡Petrilla, que me deshonras!
PET. No señor; es que á Don Luis
en malos planes apoya.
Es que le sirve en sus tramas
de política traidora,
que nos trae siempre en vilo
y que el sosiego nos roba.
ANDR. No, chiquilla, si nos dá
y nos trae...
PET. ¿Qué?
ANDR. La gorda.
Lo que España necesita
para curarse la roña
que la pudre.
PET. Yo no entiendo
de esos líos y tramoyas.
ANDR. Pues mira, bien lista eres
en otros casos y cosas.
PET. Cada una... en sus negocios.
ANDR. Doña Inés te querrá monja

como á su hija, y por eso
tú te pones en mi contra.
También querrá que mi amo
se haga fraile, que se esconda
de todo el mundo, y que yo
no le siga ni á las fondas,
ni á los clubs, ni á la zarzuela,
ni tampoco á las poltronas
del Senado y del Congreso...

PET. ¿Quiere usted callar, cotorra?

ANDR. Ya cierro el pico y me callo;
abre el tuyo y canta, alondra.

PET. Sepa usted que doña Inés,
buena madre y buena esposa,
lo que quiere de don Luis
es que ciego no se exponga
en esas luchas perennes
que por mandar se provocan.
¡Cuántos hay que por lo mismo
pierden vida ó pierden honra!

ANDR. Esos son malas cabezas;
la del amo es de las otras.

PET. La señorita y su madre
en un mar de penas bogan
en silencio. ¡Quién diría
que don Luis tan mal se porta!

ANDR. Si gana mucho, si vive,
si se divierte, si engorda;
si en alas de la fortuna
sube, sube y se remonta;
y si todo en esta casa
va marchando viento en popa,
¿qué más quieren, ni que esperan
de mi señor las señoras,
cuando les da lo que él es,

un pedacito de gloria?
PET. Pues con todo, el ama pierde
la dulce quietud.
INES. (*Dentro.*) Aurora.
ANDR. ¿Oyes? Su voz.
PET. Es que llama
á su hija, y viene.
ANDR. ¡Sopla!

ESCENA VIII

Dichos y DOÑA INÉS

INÉS. ¿Qué haceis aquí?
ANDR. Yo, arreglaba
los libros de mi señor.
PET. Y yo, desde el comedor
al gabinete pasaba.
INÉS. Pues no fuiste.
PET. Porque Andrés
siempre de álguien necesita.
ANDR. (*Ap.*) ¡Cómo miente la mongita!
Ya nos veremos después.
INÉS. No os marcheis; quedad ahí quietos.
ANDR. (*Ap.*) Malo, malo!
PET. (*Ap. á Andrés.*) ¿Qué nos quiere?
INÉS. (*Ap.*) Tantos fusiles, se infiere...
PET. (*Ap. á Andrés.*) ¿Vé usted sus ojos inquietos?
ANDR. (*Ap. á Petra.*) En mí sin cesar los fija.
INÉS. (*Ap.*) ¡Irá á la lucha! No hay duda.
¿Quién á estorbarlo me ayuda
sin que lo sepa mi hija? (*Cae en una butaca.*)
PET. ¿Qué pasa? ¿Qué?
ANDR. ¿Algun vahido?

INÉS. Nada, no; si estoy muy buena.
¿No lo veis? Hablo serena.
¿Y don Luis?
ANDR. Habrá salido.
INÉS. ¿No está en el salon de abajo?
ANDR. Yo no lo sé, pero puede...
INÉS. ¿No sabes lo que sucede?
ANDR. (*Ap.*) Este sí que ya es trabajo.
INÉS. ¿Te callas?
ANDR. Se lo diría,
pero...
INÉS. ¿Eres mudo?
ANDR. Señora...
el que calla es porque ignora...
INÉS. ¿Es verdad, ó hipocresía?
Vamos, Petra, sin alarmas,
como te obedece en todo,
mándale que de algún modo
te diga, por qué unas armas
y otros equipos de guerra
se guardaron no hace mucho
en casa.
PET. ¡Qué es lo que escucho!
ANDR. (*Ap.*) ¡Y no me traga la tierra!
¡Qué apuro! ¿Cómo consigo
engañarlas? ¿Qué pretesto?..
¡Oh, qué idea!
PET. Hable usted presto.
INÉS. Yo lo mando.
ANDR. Y yo lo digo:
esas armas, las procura
el Gobierno á mi señor:
son de clase superior
y las paga con usura.

Como tiene las contratas
y repiten los aprestos,
suben bien los presupuestos
aunque las ponga baratas.
Y, en fin, siguiendo el compás,
sin que falte ni una coma,
si muchas el amo toma,
muchas vende... y nada más.

INÉS. Será verdad lo que dices;
mas cuenta que si me engañas
vas á herir en las entrañas
de quien sabe tus deslices.
Cuenta bien, que no es razon
al que dá para vivir
servirle mal, por servir
de instrumento á su pasión.
Y cuenta que si te excito
á que aprendas mis lecciones,
es que llegan ocasiones
en que fiel te necesito.

ANDR. En todo caso y apuro
aquí estoy; yo no me alejo.

INÉS. Sin que te pida consejo
debes dármele, y seguro.

ANDR. Me obliga el obedecer
á don Luis.

INES. Tambien á mí.

ANDR. A los dos, señora,

INES. Sí;
á los dos.

ANDR. (*Ap.*) No sé qué hacer.

INES. Salir podeis.

ANDR. Al momento.

PET. Si hubo falta...

INES. No, marchad.
(*Vánse Petra y Andrés*).
Aunque digan la verdad
no se acaba mi tormento.

ESCENA IX

Doña INES *sola.*

¡Tormento! ¿Cuándo me dejas
y te vas del pecho mio?
¿Cuándo esa dicha que ansío
lograrán de tí mis quejas?
ladron eres de mi calma:
¿dónde está? ¿dónde la tienes?
¿Por qué vienes, si no vienes
con el alma de mi alma?
¿Por qué conmigo te cebas
y con Luis jamás te pones,
ni á estorbarle sus pasiones
ni á someterle á tus pruebas?
¡Ay! ¡Si me tiene oprimida
porque su bien solícito!
Cuando me quejo, le irrito;
y si me callo, me olvida.
¿Y qué hacer? Vivo de modo
y es tan ingrata mi suerte,
que no sé cuál es más muerte,
si hablar ó callarlo todo.
¡Corazon! Sufre y batalla,
que tu ley es el sufrir:
asi tendrás que vivir;
no te niegues, sufre y calla.

ESCENA X.

INES, AURORA.

AURO. Te busco, pues no te veo
hace ya dos largas horas:
bien se conoce que ignoras
lo mucho que te deseo.
INES. Hija mia, para mí
Lo eres todo.
AURO. Pues papá
de seguro que te dá
las quejas que yo le dí.
INES. ¿Te quejas?
AURO. Sí; de los dos.
De tí porque no me quieres.
INES. Hija del alma, si eres
mi dicha despues de Dios. (*La besa.*
AURO. Así, otro. No te dije
de papá lo que me aqueja:
¡ingrato, pues no me deja
aunque ve lo que me aflije!
Y mira: si con exceso
mil adornos me prepara,
conmigo nunca se pára
á darme siquiera un beso.
¿Te parece si es culpable?
INES. ¡Vida mia!
AURO. No le atiendas.
INES. ¡Pobre de él!
AURO. No le defiendas.
Contigo será impecable.
INES. ¡Impecable, y se desvia

de mi amor con tibia calma,
y no vé que tengo el alma
sin la paz que tanto ansía!

AURO. Te molesta lo que digo
y yo misma te quebranto!

INES. No, mi Aurora, si mi encanto
es hablar siempre contigo.

AURO. De mi suerte, ya lo vés,
con justicia me lamento.
¡Si supieras que tormento
me dá el pensarlo después!

INÉS. Sigue, sigue.

AURO. Yo me quejo
con motivo de papá:
muchos regalos me dá,
mas no toma mi consejo.
Nunca suspende un asunto
aunque el alma se quebrante:
Hoy parece su semblante
el semblante de un difunto.

INÉS. ¡Los negocios!

AURO. Tantos son
que en alguno habrá malicia.

INÉS Al principio, la codicia
se recata en la intencion:
Despues el menguado afán,
que nació chispa ligera,
pasa pronto á ser hoguera
y mas tarde es un volcán.
Foco de lumbre que oprime
y á la vez quema y devora,
se traga cuanto atesora
el alma, de mas sublime.
Y por fin esa pasion,

esa hoguera y ese foco
van secando poco á poco
las fibras del corazón.

AURO. (*Ap.*) ¡Infelíz! Don Pablo mismo
quizá se abrasa en tal fuego.

INÉS. Aquel que ambiciona es ciego
despeñado hácia un abismo.
Todo en él ¡miseria humana!
se reduce á calcular,
cómo se puede lograr
ser hoy mucho, y más mañana.
A un hombre así no le dés
nunca tu amor ni tu trato.

AURO. ¿Cómo no, siendo tan grato,
llamar padre á quien lo es?

INÉS. ¿Qué dijiste?

AÚRO. Vano empeño
es ocultarme tu pena:
A las dos nos encadena
el poder de un mismo dueño.

INÉS. ¡Su poder! ¡Con qué pasión
me exigió que me callara,
que sufriera y tolerara
sus proyectos de ambición!
Y ofrecí con lengua impía,
y sin pensar en mi suerte
ser muda, como se advierte
que lo está la lengua mia.
Por eso, cuando le imploro
es en balde, y si porfio
me contesta el dueño mio
que le ofendo y no le adoro.

AURO. Instale; no desesperes;
Al tuyo uniré mi ruego.

INÉS. Será inútil; vive ciego,
y no logras lo que quieres.
AURO. Insiste aunque no te cuadre,
que su pecho no es de roca.
INÉS. Las palabras de mi boca
no convencen á tu padre.

ESCENA XI

Dichas y D. PABLO

PABLO. (*Ap. en el fondo.*) ¡Nunca sola! En vano busco
la ocasion que tanto anhelo.
INÉS. ¡Ah! ¡Quién viene?
AURO. Pablo llega.
PABLO. (*Ap.*) Amor en sus ojos bebo,
y este amor me dá temor.
INES. Pase usted, don Pablo.
PABLO. Siento
molestar á ustedes.
INES. Nunca.
PABLO. Solas aquí las encuentro,
en familia, y por lo mismo
interrumpirlas no debo.
AURO. Este despacho en que estamos
tiene por únicos dueños
á usted y á papá. Nosotras
le invadimos.
PABLO. No por cierto:
que ustedes son las primeras
y yo el último.
INES. (*Ap.*) Discreto
está siempre.

AURO. (*Ap.*) Una voz grata
me dice que Pablo es bueno.
PABLO. Don Luis me dá preferencia,
proteccion que no merezco
y amistad muy decidida.
INÉS. Y usted, don Pablo, por eso
hallará siempre en mi casa,
como hasta aquí, buen asiento.
PABLO. Tanta bondad...
INÉS. Los cumplidos
escuse.
PABLO. Todo agradezco. (*Hablan bajo*)
AURO. (*Ap.*) Sus miradas se repiten
y sube á mi rostro el fuego
que allá en el fondo del alma
está de contínuo ardiendo.
INÉS. ¿Y de asuntos cómo andamos?
PABLO. Perfectamente: los pleitos,
las empresas, las ganancias,
los políticos proyectos,
van marchando.
INÉS. ¿Y nada ocurre
digno de historiar por nuevo?
PABLO. Mucho, sí. La discusión
empeñada en el Congreso.
Ahora mismo me separo
de don Luis. ¡Qué gran talento!
Es un sábio, un Cicerón,
un Demóstenes: el génio
de la elocuencia. Ninguno
le iguala ni en pensamientos,
ni en formas, ni en la grandeza
de miras, ni en aquel fuego
con que expone y desbarata

los contrarios argumentos.
¿Y los suyos? ¡Qué brillantes!
¡Qué sólidos y qué llenos
de vigor! Ha pronunciado
un discurso tan soberbio,
y en la réplica un apóstrofe
de tan magnífico efecto,
que ya en la gente que manda
cunden las dudas y el miedo;
y si al fin hoy se desploma
la situación, como espero,
harán á don Luis, Ministro.

INES. ¿De veras?

AURO. ¡Cuanto lo siento!
¡Pobre papá!

PABLO. ¡Cómo, Aurora!
Si es posible, casi cierto,
que tenga ya en el bolsillo
tan preciado nombramiento.
No hay que dudar; es probable
y verosímil.

AURO. Lo temo.
Si alto sube, mayor golpe
cuando caiga, y no hay remedio
caerá.

INES. Tal es la suerte
que otros muchos ya corrieron.

PABLO. En la víspera del triunfo
no hay que pensar en el riesgo.
En todo caso le quedan
los honores, los recuerdos,
los laureles de la gloria,
la fama del alto puesto,
las ambiciones cumplidas

y colmados los deseos.
INES. ¿Colmados? ¿Cuál de los hombres
se vió nunca satisfecho?
Ni los reyes poderosos,
ni los valientes guerreros,
ni los sábios más ilustres,
ni los grandes y opulentos,
ni ninguno. La ambición
es un impulso, que ciego
crece más, y más provoca
con el logro de su empeño.
¿No hay alguno en tal ceguera
que, á pesar de sus lalentos,
medite planes ocultos,
tenebrosos, bullangueros,
que subleven á las masas
y trastornen á los pueblos?
PABLO. *(Ap.)* O me alude ó me lo dice
por su marido.—Condeno
esas vías: las legales
son las únicas que apruebo.
INÉS. Está bien. Usted se pone
así... en la calle de en medio,
sin dirigirse á la izquierda
ni á la derecha.
PABLO. Me atengo
á despachar los negocios
y á callarme los secretos.
INÉS. Pues... cuidado, que hay algunos
en que se corren mil riesgos.
PABLO. *(Ap.)* Ya lo sabe ó lo presume.
INÉS. *(Ap.)* Me lo oculta: están de acuerdo.
Adios, don Pablo.
PABLO. Señoras,

á sus órdenes me quedo.
(Vanse)

ESCENA XII

PABLO *solo*

Mujer pura, encantadora.
¡Qué bellísima que estaba!
Pero señor ¿cuándo acaba
este afán que me devora?
Busco tan solo un momento,
una ocasión donde hablar,
un pié para declarar
mi atrevido pensamiento...
y nada, nunca propicia
se me mostró la fortuna.
¡Oh suerte, suerte importuna,
me subleva tu injusticia!
¡Pobre de mí, que cautivo
entre duda y esperanza,
jamás hallo la bonanza
que en dulces sueños concibo!
¿Me negará su favor
si ve que voy á la lucha
con su padre? ¿Y si no escucha
los acentos de mi amor
aunque me quede? No sé
el partido que tomar.
¡Quién pudiera realizar
cuanto á mis solas pensé!
Esperanza, que eres vida;
negra duda, que eres muerte;

¿quereis decirme la suerte
que me dais como escondida?
¿Debo apagar esta llama
que en silencio me consume?
¿Debo aspirar el perfume
dejando el fruto en la rama?
¡Ay! si me llego á clavar
la espina del desengaño,
entonces será mi daño
imposible de curar.

ESCENA XIII

PABLO *y* AURORA

AURO. Vengo, Pablo, á interrumpirle
en sus quehaceres, por qué
necesito que me escuche
siquiera por esta vez.
PABLO. ¡Oh dicha!
AURO. Yo no comprendo
eso que el hombre sin fé
llama dicha, cuando busca
con loco afán y altivez
la riqueza, el poderío,
los honores y el placer,
y se olvida de las leyes
y atropella su deber
y prepara sediciones
que al fin le van á perder.
PABLO. Por mi vida...
AURO. Yo la muerte
la miro á más no correr

acercarse cual fantasma
aterrador y cruel,
que viene sobre su víctima
semejante á Lucifer.

PABLO. ¡Qué delirio!

AURO. No; me aterra
el pensar que sea usted
la causa de tantos males
como pueden suceder.

PABLO. Por Dios, Aurora, ¿qué ocurre?

AURO. Me intereso por su bien,
por su quietud, por la mía,
por la de todos; por el
claro nombre de mis padres.

PABLO. ¡Son prodigio de honradez!

AURO. De todo estoy enterada,
me lo ha confesado Andrés;
y además que yo lo he visto,
yo lo he visto, yo lo sé.

PABLO. (*Ap.*) ¡Sabe todo y me rechaza!

AURO. (*Ap.*) ¡El ha sido, ingrato, él!

PABLO. Aclare usted...

AURO. Los fusiles
que se ocultaron ayer,
en el salón de allí abajo,
los ha repartido usted
al pueblo que se subleva
airado contra el poder.
Y usted dirige la trama,
usted que debiera ser
más benigno, y que nos pierde,
nos pierde á todos, cruel.

PABLO. Aurora, no soy quien piensa.

AURO. Yo le ruego por quien es

por mi padre, por mi madre
y de rodillas tambien,
que detenga á los rebeldes
y se arrepientan. ¿No vé
que en ello expone la vida?

PABLO. ¡Qué situación! Por mi fé,
Por mi religion la juro
que no soy el que se cree:..
Yo no mando ni dirijo
la rebelión.

AURO. ¿Pues quién es?

PABLO. A nadie lo diré nunca
y mucho ménos á usted.

AURO. Y lo sabe y se lo calla
á la que constante fué
su amiga!

PABLO. ¿No más?

AURO. ¿Qué dice?
Mi padre llega. (*Vase.*)

PABLO. ¡Se fué!

ESCENA XIV

PABLO y LUIS.

LUIS. Concluyó al fin la sesion
entre protestas y gritos.
Apenas tuvo remate
mi discurso, fué leido
el decreto disolviendo
las Córtes.

PABLO. ¡Qué desatino!

LUIS. Pensar que así se dominan

los arranques de un partido!
Nos veremos frente á frente;
y pronto, quizá ahora mismo.

PABLO. Los hombres del presupuesto
provocan, y los ministros
con sus alardes de fuerza
excitan aun á los tibios.

LUIS. Lucharemos. En las calles
se notan claros indicios
de la tormenta que amaga,
esperando el primer tiro.
Los fusiles casi todos
los tenemos repartidos,
y conviene que á la imprenta
vaya usted á dar aviso;
y además guarde este pliego,
que va de mi puño escrito,
hasta entregarle mañana
á mi esposa.

PABLO. *(tomando el pliego)* Comprendido;
se hará todo.

LUIS. Así lo espero.

PABLO. Puede usted quedar tranquilo. *(Vase)*

ESCENA XV

DON LUIS *solo.*

Ya estoy solo y mil tormentas
en mi pecho se levantan;
duda y temores me espantan
y el amor me pide cuentas.
¡El amor! Aurora... Inés...

No vengais á detenerme,
que no sabré desprenderme
de vuestro halago, y despues...
veo deshonra en perspectiva;
mi palabra quebrantada;
la esperanza defraudada
y mi pasión siempre viva.
¡Pensamiento más tirano!
Si viene obligarla puedo:
debe callar y no cedo;
sus quejas serán en vano. (*Pausa*)
—Sello de muerte se graba
sobre tí con tal poder,
que, aunque no lo quieras ver
ya verás cómo te acaba.—
Esto mi Aurora leyó,
y acertar puede mi Aurora:
si acierta... llegó mi hora;
si no acierta... venzo yo.
Y del triunfo los laureles
y la gloria de este día
serán tuyos, pátria mia;
serán de tus hijos fieles.
La victoria no me impides,
flaco sér. ¿Débil te muestras?
¿Qué voces me das siniestras
al entrar en estas lides?
A mi lado mil y mil
lucharán... ¿Quién llega, quién?
¡Nadie! ¡El miedo! ¿Tú tambien
me acometes, miedo vil?

ESCENA XVI

INES y LUIS.

LUIS. ¿A qué vienes?
INES. (*Ap.*) ¡Qué fatiga!
LUIS. Responde.
INES. (*Ap.*) Su faz me aterra.
LUIS. ¿Por qué tu boca se cierra?
¿Eres de marmol?
INES. Me obliga
tu plan...
Sigue.
INES. (*Ap.*) Tengo miedo.
Se me anuda la garganta.
LUIS. Mujer, habla.
INES. Si me espanta
tu cólera; si no puedo.
LUIS. ¿Que no puedes?
INÉS. Ya lo vés.
LUIS. Que no debes, dí mejor.
INÉS. ¿Ni una queja en mi dolor?
LUIS. ¿Siempre quejas? ¿Siempre, Inés?
INÉS. Tuya soy, tuya es mi vida;
todo tuyo, hasta mi acento:
mas no escuchar mi lamento
y mirarme aborrecida
y callar siempre y sufrir
el peso de tu desvío,
es una pena, Luis mio,
más terrible que morir.
LUIS. ¿Y que intentas?

INÉS. Nada más
que rogarte...
LUIS. No supliques.
INÉS. Por tu vida...
LUIS. No repliques. (*pausa corta*)
Di qué quieres y te vás.
INÉS. ¿Qué quiero? Darte mi amor,
llama viva y persistente,
que vá subiendo en creciente
al compas de mi dolor.
Quiero que á solas, tú mismo,
pienses mucho en tus acciones,
en tu vida, en tus pasiones
que te arrastran al abismo.
Quiero, en fin, que te serenes;
que no afanes tanto y tanto;
que me vuelvas el encanto
del amor, si aún me le tienes.
LUIS. ¿No vés que mi gloria fundo
en aquel mi propio empeño,
de hacer que el hombre sea dueño
de sí mismo en este mundo?
Mira, Inés; tú misma enciendes
este fuego que me abrasa,
al querer ponerme tasa
en aquello que no entiendes.
Desamor nunca te tuve;
eso que vés que me excita
es una voz que aquí grita (*el pecho*)
y me dice, sube, sube;
y voy subiendo y ya toco
á la cumbre de la gloria,
y en seguida la victoria
obtendré; falta muy poco.
Entonces de mi poder

y mi amor... mi ser entero
gozarás, como yo quiero,
á tu antojo, á tu placer.
Y serás, yo te lo fio,
la más gallarda y gentil:
la primera entre otras mil
en grandeza y poderío.

INÉS. ¡Vana ilusion! No me llevas
á ese nuevo precipicio:
que no es noble el sacrificio
sometido á tales pruebas.
Oye, Luis: cuando tu padre
murió noble y opulento,
yo me ganaba el sustento
trabajando con mi madre.
Las dos juntas, ni envidiosas
ni envidiadas una vez,
vivimos en la honradez,
pobres, sí, pero dichosas.
En bordados, en tejidos
y en otras varias labores
me ocupé en los dias mejores
de mis años más floridos.
Pura estaba la inocencia
de mi pecho, que latia
con la cándida alegría
de la paz de la conciencia.
Murió al fin mi madre anciana,
y ya sola y sin ventura,
sentí amor con tal locura
que acaté su ley tirana.
Tú me amaste... ¡Oh dulces horas
que pasaron fugitivas!
¿Si en el alma aun estan vivas
por qué, ingrato, no las lloras?

Tú en posicion tan brillante;
yo, en pobreza tan oscura
dudé mucho; mas no impura
sentí el alma palpitante.
Con cariño el más leal,
guardando limpio mi honor,
acepté como un favor
nuestro enlace desigual.
Y me has visto, no una vez
sino muchas, humillada
bajo la tibia mirada
de tu perpétua esquivez.
No te ofendas; no es mi intento
ofenderte, Dios lo sabe:
te lo digo, porque acabe
ó mi vida ó mi tormento.

LUIS. Hablas hoy de tal manera
que olvidas en tu rigor
lo estimable de mi honor
y la gloria que me espera.
Pero soy la autoridad
y en vano tu amor resiste:
si mi empeño comprendiste
mira en él mi dignidad.
Ya mis fieles compañeros
y mi patria muy amada
me esperan. Ya en la jornada
están otros los primeros.
Mi honor me lleva á luchar,
me llama el deber.

INÉS. Detente.
Eso, Luis, es cabalmente
lo que he venido á estorbar.

LUIS. ¿Cómo!

INÉS. (*Cerrando la puerta*) Mira.

LUIS. Mi furor
teme. (*recoje armas y se ciñe un revolver*)
INÉS. No; la muerte pesa
sobre tí.
LUIS. Mi noble empresa
vale más que ese temor,
y saldré.
INÉS. Tu vida os mia
y aquí la tengo segura.
LUIS. Abre y calla.
INES. Ten cordura.
LUIS. Que abras digo. Tu porfia
es inútil.
INES. Ciego estás.
LUIS. Pronto, Inés.
INÉS. Debo impedir
nuestra ruina.
LUIS. He de salir
de todos modos.
INÉS. Jamás
cederé.
LUIS. ¡Qué obstinacion!
Abre ó mueres. (*amenazándola*)
INÉS. Lo que quieras:
Aquí luchan ya dos fieras.
mi cariño y tu ambicion.
LUIS. ¡Ingrata!
INÉS. Pues si lo soy
ante tu amor que me olvida,
quítame pronto la vida,
que aquí esperándote estoy.
Cese ya mi desventura;
mátame, yo te perdono:
así termina el encono
de mi amor y tu locura.

LUIS. Trae la llave.

INÉS. No la entrego.

LUIS. ¡Atrevida!

INÉS. No me aflije
la muerte, ya te lo dije. (*Se oyen tiros.*)
¡Oh qué horror!

LUIS. Empieza el fuego.

ESCENA XVII

Dichos y los demás á su tiempo.

LUIS. (*Golpeando en la puerta.*)
¡Si no cede, si no cede!
Suelta, Inés, suelta la llave.

ANDR. Señor... (*Dentro*)

PET. Señora.

INÉS. ¡Oh!

LUIS. Empuja.
con toda fuerza; que estalle.
(*Cede la puerta y entran.*)
Así, bien.

INÉS. ¡Cielos!

ANDR. Se armó
la gorda.

LUIS. Corramos. (*Vase y Andrés*)

AURO. (*Abrazándose á su madre.*) ¡Madre!
¡Madre del alma!

INÉS. ¡Hija mia!
¡Qué angustia!

PET. Dios nos ampare.

CAE EL TELON





ACTO SEGUNDO

Lujoso gabinete en la casa de D. Luis.—Puerta en el fondo y laterales.—En el sitio más visible habrá colgado un cuadro de la Vírgen.

ESCENA PRIMERA

PETRA *por la izquierda, dejando corrido el portier.*

¡Qué infortunio! Doña nes
delirante y sin reposo,
y don Luis entre las balas
toda la noche. Dios solo
puede hacer que nuestros males
no lleguen hoy á su colmo.
¡Cuántas horas de amargura!
¡Qué inquietudes! Poco á poco
fueron cesando los gritos,
las descargas y el trastorno;
mas nadie trajo noticias,
y quizás fué desastroso
el resultado.

ANDR. *(Por el fondo)* Adios, Petra:
al fin llego y verte logro.

ESCENA II

PETRA *y* ANDRES

PET. ¿Se triunfó?
ANDR. Mala fortuna:
hemos sufrido un revés;
pero ya vendrá después,
en ocasión oportuna
el desquite.—Aquí, en la calle
no muy lejos, comenzó
la gresca. Don Luis salió
y yo detrás; no hay detalle
que no viese. ¡Qué de tiros,
de mandobles y metralla
se han largado en la batalla!
¡Cuántas quejas y suspiros
escuché á los moribundos!
¡Y qué infernal gritería
cuando vino artillería;
y mil votos furibundos
se lanzaron! ¡Ay! te digo
que el golpe fué á quema-ropa,
y si empuja más, nos copa
á todos el enemigo!
En medio de la pelea
se presentó un general
y de pronto hizo señal
de cargarnos. ¡Qué ralea
de cazadores! Ligeros
apretaron, con tal brío,
que nos hicieron un lío,
aunque tiramos certeros.

Y en ese trance ¡ay de mí!
obligados á ceder,
en defensa y sin correr
nos retiramos de allí.

PET. ¡Derrotados!

ANDR. Lo hemos sido
en un punto nada más;
en los otros, tú verás
como así no ha sucedido.

PET. Podrá ser; mas la función,
la gorda tan ponderada,
ha quedado sofocada
en la primera explosión.

ANDR. No tanto, que así no fué:
la causa no está perdida;
tiene vida, mucha vida,
y la gorda queda en pié.

PET. Muy flaquita me parece.

ANDR. Tú lo has de ver.

PET. ¡Tontería!
¿Y el amo?

ANDR. Hácia aquí venía,
y aquí estará.

PET. ¡Cómo crece
mi duda!

ANDR. ¿Pues no ha venido?

PET. Ni noticia de él siquiera.
Doña Inés se desespera
y habla y obra sin sentido.

ANDR. Al retirarnos le ví;
no fué ilusión.

PET. Pero luego
pudo correr á otro fuego.

ANDR. Es verdad, ¡torpe de mí!
En Santo Domingo estaba

la gente más atrevida.

PET. Quizá perdió allí la vida
donde usted menos pensaba.
¡Amo infeliz! De su muerte
la presunción lastimera
me dice que nos espera
la más desdichada suerte.
Casi loca doña Inés;
sin consuelo doña Aurora;
¿con qué las responde ahora
su mal servidor Andrés?

ANDR. Cállate, no me lo digas;
que me aflijo y soy valiente.
Morir el amo y yo ausente
de las balas enemigas!

PET. Mire usted lo que nos pasa
por meterse en riesgos tales,
y medite cuántos males
han llovido en esta casa.

ANDR. Pues si don Luis resucita
quiero decir, si no ha muerto,
entonces con más acierto,
otra vendrá y calentita.

PET. ¡Virgen santa del Pilar!

ANDR. No hay que asustarse.

PET. ¡Qué atroz!

ANDR. Se dá la segunda voz
y volvemos á empezar
la zaragata.

PET. ¡Demonio!

ANDR. Andres Ramirez me llamo,
y voy á buscar á el amo;
Rézale tú á San Antonio. (*Vase*)

ESCENA III

PETRA *sola.*

Ojalá que de don Luis
averigüe el paradero,
y que vuelvan al instante
sin el más leve tropiezo.
Ojalá que mi señora
se mejore por completo
y que de una vez acaben
tanta duda y tanto vuelo.
Voy á ver si está tranquila
ó si tuvo algun acceso.
Aquí viene: la infeliz
no sosiega ni un momento.

ESCENA IV

PETRA *y* DOÑA INÉS *por la izquierda.*

INES. (*delirante*) Allí están. Las tropas corren
y se arrojan á los grupos:
disparan mil cañonazos...
¡Cuánto fuego! ¡Cuánto humo!
¡Cuánta sangre! ¡Horrible lucha
que entre hermanos se produjo!
(*de improviso*)
¡El! ¡Mi Luis! ¡Que te atropellan,
que te matan!... ¡Ah! los suyos
tambien mueren! Apartad,
cobardes, id uno á uno.

Asesinos, asesinos...
¡Compasion!...—¡Combate rudo!
¡Batalla espantosa! ¡Cielos!
Aquí está; sí, moribundo
exhala el poster suspiro...
y los fusilan ¡qué insulto!
por la espalda. ¿Son traidores?
Mentira, viles. Dios justo
dadme poder y de un soplo
los lanzo á lo más profundo
del abismo. (*pausa*)

PET. (*Ap.*) ¡Desgraciada!

INÉS. Déjame, sueño importuno.
¡Qué molesta pesadilla!
Huye, huye... ¡Trance duro!
Acometen... ¡y los veo
derrotados! En confuso
tropel van... los acuchillan
y los destrozan sañudos!
(*á Petra*) ¿No los ves? ¿No te estremeces?
¿No escuchaste cuán profundos
eran sus gritos? ¿Qué tristes
sus lamentos? ¡Ay! ¡Si algunos
de aquellos hombres feroces
le clavaron los agudos
aceros, cuando pedia
por su vida y las de muchos!
Tìgres son... ¡qué sin entrañas!
¡Dejadle, dejadle, brutos!
¡No le mateis, desalmados!
¡A mí sola, á mí, verdugos!...
No os cebeis en él... ¡Dios mio!
¡Ah! ¡qué horror! ¡Muerto! (*Llora*)

PET. Presumo
que así llorando se alivia.

Llore usted, llore usted mucho.

INÉS. ¡Luis de mi vida!

PET. Señora,
él vendrá: cesó el tumulto.

ESCENA V

Dichas y AURORA.

AURO. Madre, madre...

INÉS. ¿Qué te aflige?
Angel bello, ¿estás de luto?
¿Por qué bajaste á la tierra
á verter llanto tan puro?

AURO. Soy tu Aurora.

INÉS. ¿Tú!! ¿Le has visto?
¿Dónde está? ¿Quién le detuvo?
Dímelo, no me lo ocultes...
Quiero verle... no, no dudo...
Pronto, ven... ¿Tú no lo sabes?
Mira, mira; en el sepulcro.

AURO. ¡Oh, desventura!

PET. ¡Qué pena!

AURO. Vírgen santa, á vos acudo. (*Cae de rodillas*)

INÉS. Voy á buscarle... ¡No puedo
sostenerme! (*Cae en una butaca*)

PET. Esos impulsos
modere usted; que tranquila,
vendrá el alivio seguro.

AURO. Vírgen pura... (*A la Vírgen*)

INÉS. Calla, calla;
la voz de mi Aurora escucho.

AURO. Madre del Verbo divino,
madre del Hijo de Dios,

madre de todos los hombres,
madre mía, en mi dolor,
sed mi dulce compañera,
sed mi amparo, y ved que yo
vengo á rogar por mis padres,
mis padres del corazon.
Ved el peligro que corren
y mirad que de su amor
necesito, y de la vida
y la salud de los dos.
Concedédmelas, señora,
que al pediros este don
os prometo consagrarme
al servidio del Señor,
y hacer vida penitente
profesando en religion.
Os ofrezco mi pureza,
mi vida, mi sér, mi amor:
renuncio al mundo y sus pompas
y espero gracia y perdon.
(Sigue de rodillas.

INÉS. Hija mia, el cielo escuche
tu plegaria.

AURO. ¿Por qué no,
si nos dá tanto consuelo
con tu alivio!

INÉS. Estoy mejor,
y quiero salir de dudas,
y saber cuanto ocurrió
en esta noche penosa.

AURO. Nada sé.

PET. Tampoco yo.
(Ap.) No es prudente que ahora diga
lo que Andrés me refirió.

INÉS. Vamos, Petra; ven, me apoye

en tu brazo.

AURO. El mio.

INÉS. No;

basta con ella. Tú, sigue
en tu piadosa oracion. (*Vánse*)

ESCENA VI

AURORA *sola*

Son las diez y no ha venido;
es ya mucha su tardanza.
Pasa el tiempo tan despacio
y son las horas tan largas,
que aunque corren, nunca llegan
las que son tan deseadas.
¡Cómo las dudas se doblan
cuando noticias se aguardan;
y cómo el afecto crece
si los pesares amagan!
Pablo, en silencio me adora,
lo conozco en sus miradas;
es generoso y le anima
de mi amor dulce esperanza;
él hará porque mi padre
sano y salvo vuelva á casa.
Mas ¡ay triste! si no puedo
escucharle enamorada;
si ya soy la carcelera
del impulso de mi alma.
Ven, mi amigo, ven y dime
que me adoras... lengua calla.
Y tú ¡oh Dios! haz que se apague
este fuego que me abrasa.

ESCENA VII

AURORA Y PABLO

AURO. Pablo, Pablo, por piedad
y en obsequio á mi dolor,
de mi padre, sin temor,
hábleme usted con verdad.
PABLO. Su buen padre, de la lid
salió vivo.
AURO. ¡Qué alegria!
¿Y no viene todavía!
¿Ha salido de Madrid?
PABLO. Por su vida me intereso,
y tanto interés alcanza,
que, siendo usted mi esperanza
con usted le lloro preso.
AURO. ¡Padre infeliz!
PABLO. Le aprisionan
sus rivales y enemigos;
mas son buenos sus amigos
y grandes fuerzas le abonan.
Buscará su libertad
mi constancia, mi denuedo.
AURO. *(Ap.)* Corazón, late más quedo
que me vende tu ansiedad.
PABLO. Aurora...
AURO. Sí, sí; confío
en usted, y agradecida,
mientras me dure la vida
durará el afecto mio.
(Ap.) ¿Qué dije? ¡Mi voto ignora!
(Alto.) Adios, adios.
PABLO. Quédese

y escuche al que siempre fué...

AURO. No diga más... Pablo...

PABLO. Aurora...
yo anhelaba este momento,
yo busqué mil ocasiones...
¡Si vivió como en prisiones
mi amoroso sentimiento!
si en usted mi bien adoro,
si eu usted tan solo vivo,
si no sueño ni concibo
otra dicha, otro tesoro
más que su amor, ¿cómo acallo
esta pasión que me agita,
si doblemente se excita
cuando con ella batallo?
Ni talento, ni hermosura,
ni grandeza, ni poder,
nada conmueve mi ser
sino usted, porque es tan pura.
Usted que es angel divino
que soñó mi mente inquieta,
realidad la más completa
de cuanto bello imagino.
Como el naúfrago que arriba
á la playa deseada,
así el alma enamorada
llega á usted hecha cautiva.
Y perece á los enojos
de tan ingrato desvío,
y revive...

AURO. ¡Jesús mio!

PABLO. Con la luz que dan sus ojos.
¿Se calla usted?

AURO. Mi afan crece,
mi situación es funesta

y no acierto á dar respuesta
como usted, Pablo, merece.
Me lo impide un nudo estrecho,
un poder que me avasalla,
una fuerza que batalla
en la cárcel de mi pecho.

PABLO. ¡Un rival! ¡Oh fiera suerte!
¡Y me ha robado su amor!

AURO. Cálmese usted por favor;
que no es eso.

PABLO. Me lo advierte
esa faz tan encendida,
ese pecho que se afana...
¡Y en situacion tan tirana
la consagro hasta mi vida!

AURO. Pues lo digo aunque ha de ser
para usted nuevo sufrir:
tengo un voto que cumplir;
soy esclava de un deber.

PABLO. ¡Un voto!

AURO. Sí: mi amistad
la tiene usted el primero;
mi amor nadie. Es que prefiero
hoy por hoy mi libertad.

PABLO. Y mi alma en tanto presa,
más que nunca!

AURO. Mi actitud
es mi libre esclavitud:
mi voluntad, Pablo, es esa.

PABLO. ¿Y no ha de ver nunca roto
ese lazo mi pasion?

AURO. A no dar explicacion
me obliga tambien el voto.

PABLO. ¡Trance duro! Si hasta aquí
vi la dicha en lontananza,

hoy que muere mi esperanza
¿qué consuelo hay para mí?
¿Quién me dice si algun dia
tendrá fin mi padecer?

AURO. Solo Dios puede saber
lo que usted saber ansía.

PABLO. Bien, Aurora. Tome ya
esa carta de su padre.

AURO. Su letra, sí; madre, madre,
venga usted corriendo acá.

ESCENA VIII

Dichos DOÑA INÉS *y* PETRA.

INÉS. ¿Qué quieres? No me lo digas.
me matas si así de golpe
me das la nueva.

PABLO. Es el caso
que Don Luis...

INÉS. (*á su hija*) ¿Vive? Responde,
responde tú.

AURO. Vive, vive.

INES. ¡Oh dicha! Dejad que llore
de una vez toda la pena
que aquí en el alma se esconde.
Estará preso.

PABLO. Señora,
puede ser que libre...

INÉS. Entonces,
¿qué le detiene? ¿Qué espera?
¿No escucha las tristes voces
que le dá mi corazon
abatido en sus dolores?

PET. Estará tal vez oculto

para venir ya de noche
con Andrés.

PABLO. Posible es eso.

INÉS. Siempre más y más temores
me asaltan.

AURO. No dudes tanto.
Quizá este pliego te informe
de lo ocurrido.

INÉS. ¡Una carta!
dame acá: ¡suya! qué torpe
estoy en abrirla! Ya.
¡Jesús! (*al ver la fecha*)

AURO. ¿Qué dice?

INES. Mayores
son mis dudas cuando veo,
por cima de estos renglones,
la fecha de ayer, la fecha
de mi desgracia.

PABLO. Sí, anoche
la escribió; pero despues
de todo... corrieron voces
anunciando que iba un grupo
con destino á las prisiones
de San Francisco, y en ellas...

INÉS. ¡Preso, preso!

PET. Dios mejore
la situacion.

AURO. Lee, no tardes:
lee lo que escribe.

INÉS. Pues oye.
Dice así: «Voy á la lucha
por altísimas razones
que tú no apruebas: la hora
llegó de los pechos nobles
que á la patria sacrifican

su bienestar.»—¡Ilusiones!—
«Si muero, quizá la historia
haga mencion de mi nombre:
si triunfo veré cumplidas
mis constantes ambiciones.
Muera ó viva, mis principios
quedarán, mejor que en bronce,
grabados en la memoria
de los buenos españoles.
Tu corazon generoso
disculpe mis intenciones;
y aunque mi empresa no aplaudas
que tampoco la deplores.
En mi despacho te dejo
la carta formal de dotes
á favor tuyo y de Aurora,
con un pliego de instrucciones,
mi testamento y poderes,
para que dispongas y obres
en todo, como yo mismo,
sin que nadie te lo estorbe.
Adios, Inés, siempre tuyo
Hasta morir.»—Eso pone;
¡hasta morir! ¡ay! pensaba
asaltar los escalones
de la engañosa fortuna
¡y cayó del propio golpe!
¡El se forjó las cadenas
y fué del abismo al borde!
¡Terrible desgracia! El pecho
siente impulsos tan atroces,
que á estallar el que me agita
no sé lo que hiciera entonces.
Preso, inerme, condenado
tal vez á morir... ¡Ah! ¿Dónde

están hoy sus compañeros
que á defenderle no corren?

PABLO. Los de aquí en las barricadas
mantienen sus posiciones,
á pesar del descalabro
que por desgracia hubo anoche.
Los de provincias al grito
que ayer se lanzó responden,
y así todos al gobierno
en grave crísis le ponen.

INÉS. Libre yo, no á estéril llânto
ni á la duda y los temores
he de entregarme inactiva
cuando Luis está en prisiones.
Corramos que allí nos llama
el deber y los clamores
del infortunio.

PABLO. Corramos
con propósito tan noble.

PET. Corramos los tres, señora.

AURO. Esperad.

INES. ¿Qué te propones?

AURO. Quiero tambien...

INES. Nó; no vienes.

AURO. Por piedad.

INÉS. A Dios te acojes. (*Vánse*)

ESCENA IX

AURORA *sola*

Se fueron ya. ¡Vírgen santa,
ayudadlos en su empresa!
Yo reitero mi promesa

y mi voto; aunque me espanta
la insidiosa tentacion
que sin cesar me acomete,
y cielo y mundo promete
al incauto corazon.
Ahora mismo en él palpita,
y avivando sus latidos,
mis afectos reprimidos
contra el voto los agita.
¡Oh, qué lucha! ¡qué ansiedad!
Padre, madre, Pablo, Petra...
De estos nombres cada letra
va diciendo «Soledad.»
Sola estoy, de amor herida
busco en vano mi consuelo;
que no concluye mi duelo
ni el de mi madre afligida.
¡Sola! ¡Sola en mi quebranto
y conmigo misma en guerra!
Tu muerte, ¡oh padre! me aterra:
mi voto me causa espanto.
Espanto, sí; pues me liga
y ya más fuerza recibe
de mi padre, que al fin vive...
mas si muere... no me obliga.
¡Oh, pensamiento traidor!
Te conozco y desconfío
de lo que dices, impío:
huye, huye, seductor.
Apártate, un mal eterno
es la dicha que me ofreces:
¡Si eres mio y me pareces
inspirado en el infierno!
Vete, vete: no me humillas...
No estoy sola: está conmigo

aquel eterno testigo
que ahora invoco de rodillas. *(Pausa)*
¡Tentación, huye: no esperes!
Toda mi fé te provoca,
y no arrancas de mi boca
el perjurio que tú quieres. *(Váse)*

ESCENA X

ANDRÉS *por el fondo*

Pues señor, si á la fortuna
le da por ponerse mala,
no hay cosa que no se tuerza
ni plan que adelante vaya.
¡Pobre don Luis! Si está preso
de seguro que le matan;
pues ya la gente de tropa
á funcionar se prepara
en los consejos de guerra
que establece la ordenanza,
y será lo más posible
que no escapen ni las ratas.
¿Y cómo evitarlo? ¿Cómo?
Si aunque ninguno desmaya
de los nuestros, suspendida
está por hoy la jarana?
Los dos bandos contendientes
se acechan y se amenazan;
pero no rompen el fuego
aunque están sobre las armas.
Que doña Inés ha salido
me dijeron, y que estaba
doña Aurora; si viniese

ella quizá me informara...
Yo la llamo, y que perdone:
me aguantaré si se enfada.
(En la puerta izquierda)
Señorita, doña Aurora;
venga usted, que hace gran falta.

ESCENA XI

ANDRÉS *y* AURORA

AURO. ¿Qué ocurre, Andrés? ¿qué sucede?
alguna nueva desgracia?
ANDR. De todo punto la ignoro;
la ignoro, no sé qué pasa.
AURO. Usted lo sabe y me oculta
el suceso.
ANDR. No sé nada.
AURO. ¡Triste de mí! ¡Cielo santo,
haced que lo diga.
ANDR. Vaya,
si ya dige que no sé
ni tampoco una palabra.
Anduve busca que busca
á el amo de mis entrañas,
y despues de tanto andar
me he venido como estaba,
es decir, sin él. ¡Hay horas
que son horas bien menguadas!
AURO. Mi madre, don Pablo y Petra
salieron á verle y tardan
en volver.
ANDR. ¿A verle han ido?
AURO. Si señor, por si lograban

su libertad. Está preso.

ANDR. ¡Virgen santa, virgen santa!
si está preso le fusilan!

AURO. ¿Qué dice usted?

ANDR. Nada, nada.
Es que el miedo trae sospechas.
Pero cá... no, no le matan.
Allá voy yo; usted no llore;
tranquila esté, pues mañana
ha de animarse la broma
de tal modo, que con maña
ó por fuerza, lograremos
su libertad anhelada.

ESCENA XII

Dichos y DOÑA INÉS

AURO. ¿Vuelves sola?

INÉS. Sola y triste;
pues no le he podido ver;
hay tropas que á nadie dejan
acercarse.

AURO. ¿Ni después?

INÉS. Quizá luégo den permiso.

ANDR. Voy al punto y yo veré
si logro entrar y decirle
cuanto quieran para él.

INÉS. Di que corrimos á verle,
Que no pudimos romper
los grupos de los soldados
que forman allí en tropel;
que tememos por su vida
y que lloramos.

ANDR. Usted

no llore, no; pues si pronto
libre no está, vá á correr
toda la sangre de España...
Esto yo se lo diré;
que ustedes ya me dijeron
su amoroso padecer.

INÉS. Le añades que si en trabajos,
en sacrificios que hacer
su libertad y su vida
consisten, que mande á Inés
y dará toda su sangre
por verle aquí.

AURO. Yo también.

INES. Dispuestas á todo estamos.

ANDR. Y con ustedes Andrés. (*Vase*)

ESCENA XIII

INES *y* AURORA

AURO. ¡Qué desgracia! ¡No le has visto!
¿Le matarán, madre?

INES. No,
no temas, me opongo yo
que aun vivo, lucho y resisto.

AURO. ¿Cómo? ¡Tú! ¡Débil mujer!
No hay más amparo que el cielo.

INÉS. Mi amor con valiente anhelo
sabrá luchar y vencer.
Ví con don Pablo al ministro,
mas como fué su promesa
insegura, me interesa
tocar un nuevo registro.
Por tu padre ¿qué no haré?
Hay que salvarle ó morir;

Hay, Aurora, que seguir
el camino que encontré.

AURO. ¿Qué haremos?

INES. No estar en ócio
y lograr con hábil maña
lo que un ministro de España
no me otorgue en el negocio.
Le rogaré y si no dá
una órden que le pida...
Entónces... se hará fingida.
que aun así nos servirá.

AURO. ¡Suplantar firma y escrito
de tan grave personaje!

INES. En ello no le hago ultraje
y además, lo necesito.
¿Qué quieres? Con ese ardid,
Que es la clave del suceso,
cuando acuerden, ya irá el preso
á cien leguas de Madrid.

AURO. Es un engaño al que vas
que mi conciencia rechaza.

INES. Pues, hija, sin esa traza
muerto á tu padre verás.

AURO. ¿Muerto?

INES. Sí.

AURO. Cuánto me aterra
esa triste presunción!

INÉS. Tal vez allí en la prisión
está el Consejo de guerra.
Tal vez en este momento
imponga pena de muerte
al que ayer luchaba fuerte,
con impulso turbulento.

AURO. De rodillas clamaré
á los jueces.

INÉS. ¡Que inocencia!
¿Cómo esperar la clemencia
si traidor tu padre fué?
Rebelde y traidor le llaman
porque vencido quedó;
y si triunfa... entónces; ¡Oh!
grande y héroe le proclaman.
¡Miserable sociedad!
¡Con qué injusticia se muestra!
¡Cómo se afina y adiestra
la infame perversidad!
Todos obran con pasion;
todos rien; todos cantan,
todos banderas levantan,
disfraces de su ambicion;
y el que sube; ¡que patriota!
mas si baja, ¡que malvado!
Y así todos han sacado
la bandera, súcia y rota.
Y al caido, ¡con qué saña
se le deprime por todos!
¡Si parece que no hay modos
ni virtudes en España!
¡Ay esposo, esposo mio!
¡Cuanta pena el alma siente!
¡Qué fin tan triste presiente!
¡Qué porvenir tan sombrio!
Pues... le podran fusilar,
pero juro por mi amor
que no me falta valor
para su muerte vengar
mil veces.
AURO. ¡Ah! No delires;
templa tu enojo inhumano.
INÉS. ¿Qué quiere tu amor cristiano?

AURO. Que te calmes y suspires.
INES. ¿Qué templanza he de tener
si mis gritos se desoyen?
¿Al pedir que otros me apoyen
voy humilde á enmudecer?
¡Oh, mi Luis! Llegue mi acento
á tu prision maldecida,
como voz que vá escondida
entre las alas del viento.
Como el bullente mujido
de las olas agitadas;
como furias desatadas
de mi pecho al estallido.
AURO. Madre, madre!
INÉS. No, hija mia;
no hay causa que me contenga;
no hay ya freno que detenga
de mi impulso la hidalguía.
No hay motivo, no hay razon
que paralice mis planes:
cuando rompen los volcanes
no se apaga su erupcion.
Pide paz en la llanura
á la límpida corriente;
mas no pidas al torrente
que se mueva sin bravura.
¡Quién me impide cuanto puedo
si ya estoy, ¡triste verdad!
en mi plena libertad?
¿Quién se opone á mi denuedo?

ESCENA XIV

Dichas y D. LUIS

LUIS. Yo me opongo.
INÉS. ¡Luis querido!

AURO. Mi padre del corazon.
INÉS. ¿Has burlado la prision?
¡Que fortuna! aquí escondido
estas libre.
LUIS. (*Ap.*) Dicha breve.
AURO. Tienes sangre en este brazo.
LUIS. He recibido un balazo
Pero la herida es muy leve.
AURO. ¡Herido! ¡Vaya por Dios!
INÉS. ¡Qué desgracia!
LUIS. Mi dolencia
no os inquiete.
INES. Con paciencia
te asistiremos las dos.
LUIS. ¡Almas mias! cerca os quiero,
así como estais ahora:
ven que te bese, mi Aurora;
y tú Inés.
AURO. A mí primero.
¡Padre del alma!
LUIS. ¡Hija mia!
No lloreis mi adversa suerte.
INES. Es que el temor de perderte
Nos aflije todavía.
LUIS. Desgraciada fué mi empresa;
yo siento el pesar que os dí.
INÉS. En estando junto á tí,
la desgracia no nos pesa.
LUIS. Quise haceros venturosas
en la cumbre del poder,
y ya veis, no pudo ser.
AURO. No lo sientas, pues dichosas,
y mucho, bien se te alcanza,
que lo somos á tu lado.
INES. Con tu amor se han ensanchado

las puertas de la esperanza.
LUIS. Ya mi suerte no deploro
que si el destino se irrita
en mi contra, no me quita
vuestro amor que es un tesoro.
AURO. ¿Y el tuyo? Sér de mi sér...
La más dulce realidad...
Si estás léjos, ¡qué ansiedad!
Si aquí juntos, ¡qué placer!
LUIS. ¡Angel mio!
INÉS. La centella
del amor, que ahora nos hiere,
va en el alma, que no muere,
y es de Dios la imágen bella.
LUIS. Dios me niega sus favores
y á sufrir así me obliga.
AURO. Él te ayude y te bendiga
cuando su gracia le implores.
Yo, rogándole por tí,
le consagré mi pureza,
y ya bondadoso empieza
á darme lo que pedí.
LUIS. Pediste...
AURO. Tu vida, padre.
LUIS. Hija mia, tú la quieres;
mas aunque muerto me vieres
daos consuelo tú y tu madre.
Bajo palabra de honor
de la cárcel he salido
para veros, protegido
por un jefe bienhechor.
INÉS. ¿No estás libre?
LUIS. No.
INÉS. Pues huye.
LUIS. Eso, no; no puede ser.

INÉS. ¿Cuándo acaba el padecer
si ahora mismo no concluye?
LUIS. Se que fuiste á las prisiones
y no lograste pasar.
INES. Pero podré utilizar
nuestras muchas relaciones.
Pablo y yo en el ministerio
estuvimos, explorando
la intencion de los del mando
en este lance tan sério.
LUIS. *(Con indignación)*
¿Qué dices? Tú en las audiencias
del ministro? ¡Tú, mi esposa,
ir abatida y llorosa
en demanda de influencias!
¡Tú, la más bella, ¿qué digo?
la más pura de la córte,
arrastrar tu honrado porte
á los piés de mi enemigo!
Nunca, nunca lo creyera
ni hecho tal, de tí esperara:
si la ley no me matara,
de vergüenza me muriera.
INES. ¡Oh, qué sonrojo! Hice mal:
reniego de la inocencia
con que he pedido clemencia.
De otro modo más formal
procedere; no humillada,
ni llorosa, ni vencida;
que sé jugarme la vida
por la tuya tan amada.
Dame cuenta de la gente
y entusiasmarla te juro;
mándame y está seguro
de que el pueblo irá valiente

á salvarte. La esperanza
me anima. Dame permiso
para todo, y de improviso
tu libertad hoy se alcanza.

LUIS. Templa, Ines, templa ese arrojo
que tu cariño disculpa:
si me pierdo por mi culpa,
no te pierdas por tu enojo.
No hagas nada, te lo ruego;
no te afanes, busca paz;
y esta vida tan fugaz
pásala con más sosiego.
Si en mi suerte, que no es fija,
llego á perder la existencia
de la tuya ten clemencia
por Aurora, nuestra hija.
Mírala: ¿no ves su llanto?
Nuestro deber en tal duelo
es que tú la des consuelo,
y que yo me vuelva en tanto
á la prisión.

AURO. ¿Y venir
para volverse?

INES. No irá.

LUIS. La palabra que se dá
hay que cumplirla y morir
si es preciso.

INES. A nuestro lado
aquí oculto...

LUIS. Nunca, no.
Hasta aquí mi amor llegó;
mas allá le está vedado.

INES. Yo tu fuga dispondré,
y seguro podrás ir
á Francia.

LUIS. No debo huir;
á no hacerlo me obligué.

ESCENA XV

Dichos y PETRA

PETR. Señor, vengo con urgencia
y por órden de D. Pablo,
á decir que á usted se aguarda
al momento en su despacho,
para tratar de un asunto
de gran importancia. El caso
es apremiante.
LUIS. Mi amigo,
mi buen amigo...
PETR. Volando
vaya usted.
INÉS. ¿Qué intentas?
LUIS. Vuelvo:
aguardadme que no tardo. (*Vase*)

ESCENA XVI

Dichas ménos D. LUIS

INES. Yo le sigo.
PETR. Espere usted.
INES. ¿Se valen de tal engaño
para lograr de ese modo
arrancarle de mis brazos!
PETR. Escúcheme usted, señora,
que no es eso, es lo contrario.
Es que preparan la fuga;
es que disponen que el amo

se marche donde le plazca,
bien solo ó acompañado
hasta dejarle seguro
en cualquier país extraño.

INES. ¿Será verdad? ¡Qué alegría!
AURO. Dios mis ruegos ha escuchado.
PETR. Aquí llega ¡qué fortuna!
Dentro de poco está á salvo.

ESCENA XVII

Dichas D. LUIS D. PABLO *y á su tiempo* ANDRES

PABLO. En vano con él porfio:
se niega á todo y prefiere
ir á la cárcel. No quiere
recibir auxilio mio.
Hablé al jefe, que es mi hermano,
y el plan aprobó en seguida;
la libertad y la vida
le ponemos en la mano.
AURO. Padre, acepta la ventura
que te ofrecen generosos.
INES. Nuestros ruegos amorosos
oye, y vé nuestra amargura.
LUIS. Mi palabra tengo dada
y cumplirla es lo primero.
INES. ¿Y tu amor?
LUIS. Va prisionero
en mi fé que está empeñada.
INES. Con tu vida nuestras vidas
Perderás.
LUIS. Nunca el honor.
INES. Eres padre!

Luis. Por favor,
déjame.
Auro. ¿De mí te olvidas?
Luis. A volver estoy dispuesto
á la prisión.
Ines. ¡Por piedad!
Luis. Pierda vida ó libertad
y el honor quede en su puesto.
Auro. ¡Y nos deja, cielo santo!
Luis. No lloreis, que aun está viva
la rebelión.
Ines. Inactiva
permanece.
Luis. Enjuga el llanto,
que si pronto ha de vencer
el pueblo, con la victoria,
me ha de dar lleno de gloria
la libertad y el poder.
Auro. Lucha tan larga me aterra.
Andr. (*en la puerta*) Don Luis, que llegó la hora.
Luis. Inés... Hija.
Auro. (*queriendo detenerle*) ¡Padre!
Luis. Aurora,
voy al Consejo de guerra.

CAE EL TELON





ACTO TERCERO

Decoracion de cárcel.—En el fondo, la puerta de entrada.—Por fuera se dejará ver un centinela que la guarda. Al lado izquierdo, la puerta del dormitorio de Don Luis. Algunos bancos.

ESCENA PRIMERA

DON LUIS *y* ANDRES.

El primero sentado y en profunda meditacion. El segundo de pié.

ANDR. (*Ap.*) Le condenan los menguados
porque le temen; si son
tan perversos de intencion
como en sus obras malvados!
Los valientes preparados
esperan; más ¡vive el cielo!
que tardan en ir de un vuelo
contra el poder, que inseguro
nunca sale del apuro
de verse venir al suelo.

LUIS. (*Ap.*) Me matan, sí; la sentencia
se me acaba de leer...

Dejarlo todo y no ser
es el fin de la existencia.
¿Qué me dice la conciencia
á las puertas de la muerte?
¡Triste de mí! pues me advierte
que Dios me debe juzgar,
sin que lo pueda evitar
ni por sabio ni por fuerte.
Tremenda cosa es morir,
aunque si bien se examina;
en la muerte se origina
otro más bello existir.
Si la fuente del vivir
fuese en el tiempo agotada,
era entonces defraudada
del hombre la aspiración
á lo inmortal, y razón,
sér y esencia, no eran nada.
¡La nada!... No, que palpita
en mí el sér, y está diciendo
con voz clara, que, aun muriendo,
vivir siempre solícita,
pues esa voz que me grita,
ese sér que en mí percibo;
es un algo que recibo,
no de mí, sujeto á muerte,
sino de otro, que, más fuerte,
es en sí perpétuo y vivo.
Hay un Dios y tengo un alma
que es su imágen y su hechura:
hay eterna desventura
ó eterno bien, dicha y calma.
Para alcanzar esta palma,
¿qué virtudes practiqué?
¡Dios santo! Quizá olvidé

vuestro amor en mi porfía;
mas ya siente el alma mia
honda pena, viva fé.
Y allá dentro, en el abismo
de mi sér, como en tormenta,
bulle mi sangre y fermenta
al calor del patriotismo.
¿Fué justicia ó fué egoismo
cuanto quise y cuanto quiero?
Libertad busqué el primero
y por ella doy la vida.
¿Hay, ¡oh Dios! culpa escondida
en morir como yo muero?
Dejo á mi Inés y á mi Aurora
en triste orfandad, señor:
ved su angustia; ved su amor;
ved lo amargo de esta hora.
Si el afán que me devora
no es bastante á redimir
á los tres, dadme un sufrir
que, sentido en este mundo,
sea más grande, más profundo
que la pena de morir.

ANDR. (*Ap.*) ¡Desgraciado! Ni un momento
quiere hablar. Sufre y medita.
¡Quién pudiera de improviso
remediar tanta desdicha!
Si con mi muerte bastara,
yo la suya evitaria.
¡Morir él! ¡Ah! voy á hablarle;
tal vez consuelo reciba.
Señor...

LUIS. Andrés, aquí solo
te dejo. Tanta fatiga
me rinde. Que nadie pase.

ANDR. Está bien.
LUIS. (*Ap.*) Alma, respira;
que si pierdes aquí un mundo
otro ganas allá arriba. (*Vase*)

ESCENA II

ANDRÉS *solo.*

Nada me ordena, y rehuye
escucharme. No maquina
ni piensa ya en rebeliones
cuando más las necesita,
y cuando el pueblo se mueve
y el Ministerio vacila:
solo allí, tal vez se entrega
al dolor, y más le aviva
recordando los pesares
de su esposa y de su hija.
¡Pobres señoras! Su duelo
no disminuye, á la vista
de los amigos que en armas
esperan suerte propicia.

ESCENA III

ANDRES *y* PETRA

ANDR. Hola, Petra; ¿dan ya paso?
PET. A todos no. A las familias,
amigos y dependientes
de los reos, se les guia
hasta la puerta.

ANDR. Lo aplaudo.
Así tendré la salida
y la entrada tan seguras
como conviene. Quería
que llegara ese momento
y llegó con tu venida.

PET. Doña Inés aquí me manda
á ver á don Luis.

ANDR. Pues hija,
no puedes verle. Me ordena
que nadie pase.

PET. Yo iba
á decirle que su esposa
quiere curarle su herida.

ANDR. Está mejor, no hay cuidado;
á su término camina.
Aquí estoy yo para todo
y aquí están las medicinas.
El brazo le tiene libre
y la herida cicatriza
tan bien y tan á galope
que hasta el médico se admira.
Con que ya vé la señora
como aquí no se descuida
la situacion del herido,
que en esta cárcel habita.

PET. Doña Inés desesperada,
en su infortunio, queria
salir corriendo á la calle
dando voces subversivas
para excitar á las masas
en contra de quien castiga
á su marido.

ANDR. Me alegro.
Todos los suyos vigilan

y están alerta, esperando
lo que temen; pues leida
la sentencia... no hay recurso...
Y ya vés, en la capilla
le van á poner hoy mismo.

PET. ¡Jesús, Jesús, qué injusticia!
¡Condenar á muerte á un hombre,
y á un hombre de tal valía!
¡Cuántos otros que están libres
son de España la polilla!
¿Por qué al vencido condenan
y al que triunfó se le mima?

ANDR. Porque sí. La cosa es clara.
La razón es del que grita
y vence.

PET. Pues en tal caso
gritaremos con tal ira,
que hasta los sordos nos oigan
en toda la córte.

ANDR. Chica,
hay que contar con las fuerzas
que la fuerza es la que priva.

PET. Si la tuviese en mi mano
por la fuerza sacaria
á don Luis de estas prisiones.

ANDR. Pues la tienes, y te obliga
la gratitud á sacarle
con tus mañas y las mias.

PET. ¿Cómo?

ANDR. ¿Ves ese soldado
que allí en la puerta vigila?
Está solo y muy distante
de la guardia de salida.
Cerca de aquí, en el extremo
de esa oscura galería,

hay una vieja escalera,
que, aunque á trozos destruida,
da fácil paso á la torre;
desde la cual si se tira
una escala, en dos minutos
huye don Luis. Allá arriba
lo tengo todo dispuesto;
con que, al ataque. ¿Vacilas?

PET. No alcanzo de qué manera
ese guardia...

ANDR. Mujer, mira:
al salir, él paseando
estará que es su consigna.
De repente le acometo
por la espalda, caes tú encima
con toda fuerza; y atado
quedará. (*presenta un cordel*)

PET. Ya tengo prisa:
venga el cordel, y á la carga.

ANDR. Vé serena, firme atiza,
y le pones el pañuelo
en la boca. Que andes lista.

(*Llegan á la puerta en el momento que entra* D. PABLO)

ESCENA IV

Dichos y D. PABLO

ANDR. ¡Ah! Don Pablo.

PET. En qué momento
llega usted!

ANDR. Muy bien llegado.

PABLO. ¿Qué ocurre?

ANDR. (*con sigilo*) Que hemos pensado

realizar un gran intento.

PABLO. ¿Qué proyectais?

ANDR. Se lo fio;
á nuestro guardia le atamos,
y en dos minutos triunfamos
sin otro esfuerzo que el mio.

PET. En seguida.

ANDR. Por la torre
bajaremos.

PET. No hay que hablar;
el caso requiere obrar.

ANDR. Somos tres y el tiempo corre.

PABLO. Pero, ¿y Don Luis?

ANDR. Recogido
está ahora. Se le llama.

PABLO. No lo apruebo.

PET. Quien bien ama,
á más se arriesga.

PABLO. Perdido
es el esfuerzo valiente
que para salvarle haceis:
ya dobles guardias teneis
y entra y sale mucha gente.
Además...

ANDR. ¡Que situación!
La sentencia está dictada.

PABLO. Nuestra gente sigue armada
y en abierta rebelion.

ANDR. Eso, eso.

PABLO. Doña Inés
me dá todos sus poderes.

PET. Si hasta iremos las mujeres
á la contienda.

ANDR. ¿Lo vés
Ya la gorda resucita.

PET. Pues en esta iré adelante.
PABLO. No hay que perder ni un instante;
es la hora de una cita,
con un bravo general
y otros jefes, y muy luego
se hará la señal de fuego.
ANDR. Esa es la mejor señal.
PABLO. A don Luis si sale aquí
le direis que volveré.
ANDR. ¿Y en tanto le ocultaré
el proyecto?
PABLO. Justo, sí. (*vase*)

ESCENA V

ANDRÉS *y* PETRA

ANDR. Es la nuestra, gente brava
que á la lucha se dispone,
para ver como se impone
y al fin la maldad acaba.
PET. La suerte se nos presenta
para el caso muy propicia.
ANDR. Venceremos, la justicia
nos asiste, y es afrenta
que dominen la nación
esos hombres sanguinarios,
insensatos partidarios
de la muerte y la opresión.
No ha de haber llanto, ni luto,
ni mas cárcel, ni capilla.

ESCENA VI

Dichos y D. LUIS

LUIS. Mi sangre será semilla
que ha de dar copioso fruto.
¿Murmurais?
ANDR. Sobre la pena
que aplican á usted.
LUIS. ¡La muerte!
es injusta; me lo advierte
la razón que está serena.
Otros vendrán y otros cien
que la combatan constantes,
y al fin quedarán triunfantes
las sábias leyes que den.
Y vendrán; que el pensami ento
leyendo en lo porvenir,
vé que el mundo ha de seguir
más activo movimiento.
Ve la luz que se adelanta
y de cerca resplandece;
ve la ciencia que aparece
como el sol que se levanta.
¿Y doña Inés? ¿Y mi hija?
PET. Venir quieren.
LUIS. ¡Tal quebra nto!
PET. En casa lloramos tanto!
LUIS. Que mi suerte no os aflija.
ANDR. Contra el mal que se le impone,
contra la injusta sentencia
puede alzarse una potencia;
la del pueblo, si se opone.
LUIS. El pueblo si quiere, puede;

mas le roban fuerza y vida
un tribunal homicida
y una ley que no procede.

ANDR. Pues yo gritaré el primero
por las calles de Madrid.

LUIS. El que pierda en esa lid
morirá como yo muero.

ANDR. Puede triunfarse.

PET. Ojalá.

LUIS. Dejadme solo. Marchaos
á casa y allí quedaos.
Vuestro cariño hallará
consuelos para mi Inés
y mi Aurora... Que no vengan,
que á Dios en memoria tengan
nada más. Cuidado Andrés;
que no se muevan de allí:
¿á que quieren aumentar
su dolor y mi pesar
despidiéndose de mí?

ANDR. No olvide usted que en su pena
tienen otros pareceres. (*Vánse*)

ESCENA VII

DON LUIS *solo*

¡Dejar tan queridos séres
y morir, cuando aun resuena
el fragor de la batalla,
es horrible!.. ¡Suerte impía!
Perderlo todo en un dia
y ver que el país se calla!..
Más que la muerte me aterra

ese tan largo mutismo,
que consiente al despotismo
imperar sobre la tierra..
Las libertades perecen
y la fuerza nos oprime:
¿Quién á la patria redime
cuando los más enmudecen

ESCENA VIII

DON LUIS *y* PABLO.

LUIS. Pablo adios.
PAB. Mi buen amigo,
¿cómo está usted?
LUIS. En gran pena;
aguardando á ver si suena
la hora triste del castigo,
del que me impone opresor
el tiránico poder,
que por no vencerle ayer
hoy ostenta más rigor.
Poder vil que se recrea
en verter sangre inocente,
para aumentar la corriente
de la mucha que aun humea.
¡Tanto esfuerzo malogrado
y nuestra causa perdida!...
Esa pena va escondida
en mi pecho atribulado.
PABLO. Pues concluyan tales penas.
LUIS. ¿Qué me dice?
PABLO. A la venganza
España entera se lanza

y hoy se rompen las cadenas.
No murió la rebelión
con el golpe que nos dieron
la otra noche, lo que hicieron
fué irritar á la nación.
Nuestros hombres se preparan;
el ministerio enmudece,
y el ejército parece
bien dispuesto. Se declaran
las potencias extranjeras
favorables; y á porfia,
personajes de valía
nos apoyan muy de veras.

LUIS. ¡Oh, que grato revivir
siente el pecho! Al estallido
de ese pueblo comprimido
no hay quien pueda resistir.
Ya la cárcel no me pesa
al saber que corre ufano
á la lucha, y que no en vano
inicié tan noble empresa.
Tiemble el poder que aprisiona
y persigue sin motivo;
quien tiene á Madrid cautivo;
quien contra España se encona.

PABLO. Verá usted como al desvelo
de los nuestros, levantada
la nacion, hoy tan postrada,
se remonta en alto vuelo.
Y verá con la victoria
como se convierte al punto
en el más bello conjunto
de grandeza, dicha y gloria.

LUIS. Bien. Adios. No haya pereza;
vaya usted á combatir,

y hasta vencer ó morir
que no falte la firmeza. (*Vase D. Luis á su cuarto. Pablo hácia la puerta del fondo.*)

ESCENA IX

PABLO *y á su tiempo* AURORA. (*Esta viene con* PETRA, *que se deja ver, pero no entra en escena.*)

PABLO. (*Ap.*) La firmeza y el valor
más que nunca necesito,
y escucho en el alma un grito
que me llena de terror.
¿Luchar y morir? Lo quiero
ántes que no merecer
el amor de la mujer
que idolatro.—¡Ella!—La espero
y la diré la verdad.
AURO. ¿Aquí usted?
PABLO. Mi afan procura
de la patria la ventura,
del preso la libertad.
AURO. ¡Padre infeliz!
PABLO. No se aflija.
Libre será, se lo juro.
AURO. ¿De qué modo?
PABLO. Voy seguro
y va en el pecho su hija.
AURO. ¿Habrá gracia?
PABLO. No la espere.
AURO. ¿Qué habrá entonces?
PABLO. Cruda guerra.
AURO. ¡Oh, qué frase!
PABLO. Pues encierra

su vida y mi amor.

AURO. ¿No quiere
indulto?

PABLO. No hay que pensar
en eso.

AURO. Morir consigue.

PABLO. La injusticia le persigue
y yo le voy á salvar.

AURO. ¿Cuándo? ¿cómo? ¿que pretende?
¿Forzará usted la prisión?

PABLO. Eso anhela el corazón
Que en viva llama se enciende.

AURO. ¿Y si adversa es la fortuna,
qué otro medio se le alcanza?

PABLO. La victoria es mi esperanza,
mas sin ella no hay ninguna. *(Vase)*

ESCENA X

AURORA *sola*

Ninguna esperanza queda
si no triunfa. ¡Santo Dios!
Inspiradme; solo vos
hareis que salvarle pueda.

ESCENA XI

AURORA *y* DON LUIS

AURO. Padre, ven.

LUIS. *(Saliendo)* Mi bella Aurora.
¿á qué vienes con tristeza
cuando pronto estaré libre?

Pablo sale á mi defensa;
Pablo corre á la victoria
y aquí luego con presteza
ha de llegar tremolando
de la patria las banderas;
ya verás cómo triunfantes
por todo Madrid ondean.

AURO. ¿Es verdad? ¿Será posible?
Si están las tropas alerta
y en constantes sacudidas
á las gentes atropellan.

LUIS. Es el miedo del que manda
que ve venir la tormenta.

AURO. ¡Qué peligros tan cercanos
y qué angustias tan eternas!

LUIS. No te inquietes, vida mia.

AURO. ¡Cuánto más útil nos fuera
el que yo, padre, marchara
á buscar las influencias,
el apoyo y valimiento
de mi amiga la condesa!

LUIS. Nunca, nunca. Mis parciales
vencerán.

AURO. El fuego alientas
de tus contrarios.

LUIS. No dudes.

AURO. Esperanzas lisonjeras,
que mi dolor no mitigan
ni en mi llanto me consuelan.

LUIS. No te apures. Pablo es hombre
de valor, y la pelea
será corta y decisiva.

AURO. Con el combate que intentan,
¿qué consiguen? ¿qué?

LUIS. Mi triunfo.

AURO. ¿Dónde está que nunca llega?
LUIS. Hoy, para siempre se alcanza.
AURO. ¡Quién lo viera! ¡Quién lo viera!
LUIS. Lo veras, sí; no te aflijas.
AURO. ¿Cómo no, cuando me aterra
contemplar tùs labios mudos
para el ruego? No hay clemencia
de ese modo. Aun es muy fácil
obtener gracia completa.
Pídela, dame un escrito
y yo le llevo con Petra.
LUIS. Eso, nunca; es imposible:
mi dignidad me lo veda.
A la patria dí mi sangre
y el pueblo dispone de ella:
si triunfa me la devuelve;
si no triunfa, me condena
la vária ley de los hombres;
mas no la justicia eterna.
AURO. ¡Oh qué martirio!
LUIS. ¿Tu misma
no eres mártir de tu idea?
AURO. Clamé al cielo fervorosa
y lloré con triste pena,
suplicando por tu suerte
y ofreciendo mi pureza.
LUIS. El premio obtendrás, no dudes.
AURO. Sí; desiste de tu idea
y pidamos el indulto.
LUIS. Le repugna mi conciencia.
AURO. Pues entonces Pablo muere
y tú tambien.
LUIS. No; su empresa
es segura.
AURO. Temeraria,

irrealizable, funesta.
LUIS. Van con él muchos valientes,
el pueblo le dá sus fuerzas,
los extranjeros le aplauden
y le apoya España entera.
España que se decide,
España que se despierta
y á conquistar se dispone
su explendor y su grandeza.
AURO. ¡Ayer lucharon en balde
y en otra lid hoy se empeñan!
¡Infelices! Voy á verlos,
y á rogar que se detengan.
LUIS. No salgas; ven á mis brazos.
AURO. Voy á salvarte.
LUIS. ¿Qué intentas?
AURO. Pedir y rogar á todos
que no luchen, que no mueras.
LUIS. ¡Vas al peligro! Detente.
AURO. ¿Tú en mas riesgo y yo aquí quieta?
Imposible. Soy tu sangre
y debo hacer cuanto pueda. (*váse*)

ESCENA XII

D. LUIS *solo*

¿Donde vá? Si entre los grupos
la ven y la ponen presa!
Hija, hija... no, no vayas:
vuelve, vuelve.—¿Porque tiembla
todo mi ser, espantado
de lo mismo que desea?
¡Triste de mí! La victoria,

que anhelé mi vida entera,
hoy la miro en esas calles,
y al contemplarla, me aterra.

ESCENA XIII

D. Luis *y* Andrés

Andr. Señor...
Luis. ¿Qué pasa? ¿Y mi hija?
Andr. No la he visto, ni á Don Pablo;
y la empresa, voto al diablo,
aunque clara, no está fija.
Para esta noche á las dos
piden varios la pelea;
mas otros quieren que sea
al punto.
Luis. Gracias á Dios.
Andr. Están los planes trazados
y la gente decidida.
Habrá lucha muy reñida
si no ceden los soldados.
Dicen que la guarnición
vacilante se presenta,
y que el poder hoy no cuenta
con la pública opinión.
Por lo demás, las señales
de borrasca, son, prisiones,
bandos, bulla y pelotones
de curiosos ó parciales.
Luis. ¿Y mi esposa?
Andr. La detiene
el cansancio. A la carrera
nos trajo el coche y espera...
que usted me mande... ya viene. (*Vase*)

ESCENA XIV

Don Luis *y* Doña Ines.

Luis. ¿Cómo, Inés, vienes aquí
sin poderte sostener?
Inés. Puedo amarte y padecer
y dar la vida por tí.
Luis. Tu pesadumbre es notoria.
Inés. Estoy muy bien. ¿Si te veo
y parece que ya leo
en tus ojos la victoria!
Mírame: no me retires
el calor de tus miradas:
¡ay! si son tan apagadas,
vale más que no me mires.
¿Qué tienes? ¿Estás inquieto
cuando á vencer van de fijo?
Luis. ¿Lo sabes?
Inés. Sí; no me aflijo
y es que estoy en el secreto.
Tu prision con ese plan
se ha de romper; que la gente
á la lid corre valiente
excitada por mi afan.
Luis. ¿Tú tambien con tal desvelo?
Inés. Mi amor, mi fé, mi ternura
á tu misma sepultura
te han de seguir y hasta el cielo;
hasta el cielo, que es la palma
de mi amoroso delirio:
¿Por qué temer el martirio,
si es la vida para el alma?
Luis. Al fin se consigue dar
nuevo impulso al movimiento:

se ha detenido un momento
mas no fué para cejar.
¿Y don Pablo?..

INES. En mis afanes
me apoyó cual buen amigo,
y ante Dios que fué testigo,
concertamos nuestros planes.
Le dí mis joyas, dinero,
mis poderes; se hizo todo;
y ya sabes de qué modo
á la lucha vá el primero.
Y vencerá su valor;
mas mientras llega tal suerte,
aquí en brazos de la muerte
ha de arrullarte mi amor.

LUIS. ¡Oh, mi bien! Tu noble empeño
que hoy se enlaza con el mio,
más parece un desvarío
que una verdad. Es el sueño
de mi vida turbulenta;
es mi triunfo, son mis goces.

INES. (*Con amorosa pena.*)
¡Triunfo y lauro! No conoces
el placer que más contenta;
el amor en el hogar
que es la dicha en este mundo.

LUIS. Es mi cariño profundo;
mas no le puedo expresar
cuando avivas mi esperanza,
mi deseo, mi pasión:
cuando traes á la nación
libertad y bienandanza.
Brillo, renombre, poder,
me dan hoy tus propias manos;
y en estos bienes cercanos

hay un supremo placer.

INÉS. ¡Siempre, siempre glorias vanas
persiguiendo va tu afan!
¿Si tanto dolor nos dan
á qué por ellas te afanas?
¡Nunca amor; siempre te plugo
anhelar grandeza y mando,
y ese afan te está matando
y está siendo mi verdugo!

LUIS. ¡Ah! no agraves tu sufrir
ni renueves mi tormento.

INES. No, Luis mio, si presiento
el más grato porvenir.
Acabar nuestra desdicha,
vivir con mi Aurora amada,
ver á la patria ensalzada,
¿qué más hay para tu dicha?

LUIS. Pero en esa lid tan ruda
pueden morir!

INES. No hay temor;
es hoy tan grande mi amor
que se arriesga, mas no duda.

LUIS. ¿Qué hacen quietos? ¿A qué aguardan?

INÉS. Es temprano todavía.

LUIS. La victoria el pecho ansía,
y no llega, la retardan!

INES. Llegará; no desesperes
de la próxima ventura.
¿No te dice mi ternura
que tendrás cuanto tú quieres?

LUIS. ¡Tardan tanto!

INES. No hay motivo
para que dudes.

LUIS. ¿No ves?
¡Si nadie vuelve, ni Andrés!

INÉS. Vendrá Pablo.

LUIS. Si está vivo,
¿cómo al instante no llega?
¡Su tardanza me dá espanto!
¡Muerto él!

INES. Yo me levanto
contra todos.

LUIS. ¿Estás ciega!

INÉS. Yo, que vengo decidida
á librarte de la muerte;
á luchar, á defenderte
mientras me dure la vida.
Yo, que amorosa en tus brazos
he de triunfar hoy en todo...
Mas si al fin no hallase el modo
me haré yo misma pedazos.
Y te daré la señal
del amor que te profeso,
con un adios, con un beso
y la punta de un puñal.

LUIS. ¡Tú matarte! ¡Desgraciada!
¿Y tu hija?

INÉS. ¡Cielo santo!

LUIS. Llora, llora; quizá el llanto
te la muestre abandonada.

INÉS. ¡Hija mia!... Estoy resuelta;
viviré.

ESCENA XV

Dichos y ANDRÉS.

ANDR. Señor, ¡qué apuro!
Nada tenemos seguro.

LUIS. ¿Qué dices?

ANDR. Que dí una vuelta
por la corte, y ví con ira,
que por miedo al estallido
á varios los han cogido
y despues, nadie respira.
Y llevándose á los tales
atados codo con codo,
los oprimen de igual modo
que si fueran criminales.
LUIS. ¿Son los nuestros?
ANDR. En mal hora
antes de tiempo gritaron,
y en seguida los ataron.
INÉS. ¿Eran muchos?
ANDR. Sí, señora.

ESCENA XVII

Dichos y PABLO

INÉS. Diga usted, diga corriendo
lo que nos traiga.
PABLO. Más penas.
INÉS. ¿Mi Aurora?
PABLO. Yo no la ho visto.
LUIS. Pues salió de aquí con Petra,
despues que usted.
INES. ¡Y no vienen!
¿Dónde estarán?
PABLO. No sé de ellas.
LUIS. Entonces...
PABLO. Nada de bueno,
Todo inútil. Las sospechas,
las dudas y las discordias

entre los nuestros guerrean.

LUIS. ¿Y las tropas?

PABLO. Frente á frente
de las barricadas nuestras,
sin hacer ningun disparo,
cargando á la bayoneta,
llegan, luchan, matan, vencen,
y allí fijan sus banderas.

LUIS. ¡Maldición!

INES. ¡Perdidos somos!

ANDR. ¡Que tales cosas sucedan!

LUIS. Está bien; á mi destino
iré con frenta serena.
Morir con honor cual muero
es alcanzar fama eterna.

INES. ¡Oh! no, mi bien; nunca, nunca;
¡fusilarte!

LUIS. No es afrenta.
Vencido el pueblo, el cadalso
es el triunfo que me queda.
A conquistarle mañana
resolveos con firmeza,
y decid sobre mi tumba
que allí estoy con mi bandera.

INES. Pide gracia.

LUIS. No: es la hora
de entrar en capilla.

INÉS. ¡Cielos!
Por mi afan, por mis anhelos
pide indulto.

LUIS. Nunca

INÉS. Aurora,
¿dónde estas? Ven y suplica.

LUIS. ¡Hija mia!

INES. ¡Así pereces!

LUIS. Sin remedio.
INÉS. No mereces
la pena que se te aplica.
¡Tú morir! El tribunal
te ha juzgado con pasión;
si es crímen la rebelión
media España es criminal.
Y si á razón no se ajusta
la ley que á morir te obliga,
¿quién habrá que no maldiga
esa pena por injusta?
LUIS. Es verdad; pero ten calma;
llora mi suerte en mis brazos.
INÉS. Vida mia, si en pedazos
se me está partiendo el alma.
¡Ay! el hombre te condena
cuando el cielo te perdona.
LUIS. Así alcanzo la corona
del martirio en esa pena.
Después, viva entre las gentes
la memoria de este dia,
servirá de claro guía
que entusiasme á los creyentes.
Y el poder, que defensor
del verdugo se presenta,
hallará en su propia afrenta
de mi muerte el vengador.
INÉS. ¡Tu muerte! ¿Quién me diría
que temiéndola yo tanto,
sin morirme de quebranto
aquí á esperarla vendría?
¡Cuánta pena y qué incesante
me ha de dar el golpe duro,
si con otro más seguro
no se evita en este instante!

Luis. No te inquietes, ni me pidas
lo que nunca he de otorgar;
á Dios solo, ante su altar,
rogaré por vuestras vidas.
Ines. Pues la tuya está primero;
y ya que el indulto escusas,
te quieres mal si rehusas
el combate que yo quiero.
Luis. El combate le tuvimos
en las calles de Madrid.
Ines. Aun nos queda nueva lid
que nos dé lo que perdimos.
Luis. ¡Imposible!
Inés. Aun tienes vida
que puedes salvar, luchando
con quien te fuese estorbando
de la cárcel la salida.
Luis. No valor, temeridad
me exiges.
Inés. Ante el suplicio
aceptarle es sacrificio;
combatirle, libertad.
Luis. ¡Libertad!.. ¡Memoria grata!..
Inés. No la olvide tu entereza
entregando la cabeza
á esa ley que al hombre mata.
Luis. ¿Qué dices?
Inés. ¿Que así humillado
has de estar sin resistir
cuando pronto han de venir
los que te pongan atado?
Luis. Antes que lleguen, saldré
á su encuentro. Adios.
Inés. No vas;
indefenso, no saldrás;

con armas, no me opondré.

LUIS. ¿Qué pretendes?

INÉS. Que no mueras,
que la voz del alma escuches;
que te arriesgues y que luches
como luchan *las dos fieras*.

LUIS. ¡Mi ambicion!.. ¡Tu amor!.. las paces
hicieron.

INÉS. Olas en calma
que en el piélago del alma
se han de agitar más audaces.

LUIS. ¡Tú las mueves y provocas!

INÉS. Tu ambición hoy reprimida,
¿no supo ayer atrevida
arrastrarte á empresas locas?
Pues mi amor en su delirio,
imitando á tu ambición,
romper quiere esta prisión
y librarte del martirio.
Tu vida, tu libertad
ambiciono y me las quita
el poder, fuerza maldita
que respetas.

LUIS. No en verdad;
la condeno.

INÉS. ¿El grito escuchas
de mi pecho y te detienes?
¿A qué esperas? ¿Dónde tienes
tu amor pátrio si no luchas
hasta el fin?

LUIS. ¡Ah!

INÉS. ¡Cuánto enojo
me revelan tus miradas!
Pero en manos desarmadas,
¿qué son ímpetus de arrojo?

(Dándale un revolver que rehusa)
Toma y huye.

LUIS. Mataria
á inocentes.

INÉS. Pues te juro
que ahora mismo, en tanto apuro,
tu defensa la hago mia;
Y voy sola á detener
á cuantos lleguen aquí...
Escapar puedes así,
pues confusión ha de haber.
(Se pone en la puerta)
Aquí espero. Vengan.

LUIS. No,
no; que mueres.

INÉS. Mi esperanza
vive aun. Alguien avanza.
(Apunta hácia la puerta)

LUIS. ¡Inés!

INES. ¡Alto! ¡Atrás!

AURO. *(Presentándose en la puerta.)* Soy yo.
(Doña Inés deja caer el revólver.)

ESCENA ULTIMA

Dichos y AURORA, *que entra vestida de hermana de la Caridad, acompañada de* PETRA.

INÉS y LUIS. ¡Hija!

PABLO. ¡Aurora!

AURO. *(Presentando un crucifijo)* Ved mi esposo.

PABLO. *(Ap.)* ¡Para siempre la he perdido!

AURO. Adoradle, que él ha sido
nuestro amparo, mi reposo.
Me regala el dulce fuego

del amor que el pecho siente:
le pedí con voz doliente
y escuchó mi triste ruego.
Con agrado y voluntad
me reciben de novicia
en la muy noble milicia
de la Santa Caridad.
Y si voy á ese instituto
tan ilustre y celebrado,
es que al fin hemos logrado
de mi voto el dulce fruto.
En nombre de Dios bendito,
y con alta protección,
pedí y obtuve el perdón
que te traigo en este escrito.
(*A su padre.*) El te saca del encierro
y de júbilo me llena;
pues te indulta de la pena
conmutándola en destierro.

LUIS. ¡Oh Dios! Acato la suerte
con que tu amor me convida:
solo Tú que das la vida
eres justo al dar la muerte.

CAE EL TELON



OBRAS DEL MISMO AUTOR

Lecciones bíblicas y poesías cristianas.—Libro señalado de texto por Real órden de 5 de Mayo de 1879.—Se vende en la librería de Hernando, Arenal, 11, y en Cabeza del Buey, casa del autor, á una peseta.

Errores y desengaños.—Comedia en tres actos y en verso.—Casa del autor, á dos pesetas.

La voz de la verdad.—Poesía política.—Casa del autor, á medio real.